Realidad

Revista de cultura y política - Nº 17

MINISTERIO DE CULTURA

Manuel Azcárate
Ciertos aspectos de la lucha ideológica actual

«Para dar nuevos impulsos a la ofensiva ideológica contra el imperialismo, para facilitar a la vez la imprescindible unidad antiimperialista, el marxismo tiene que ser cada vez más fiel a su esencia materialista, crítica, proletaria y revolucionaria. Tiene que asumir la realidad, y en primer lugar la realidad socialista, toda ella y tal como es.»

Joaquim Sempere
¿Es la teoría social de Marcuse una teoría crítica?

El utopismo de Marcuse se enraíza en su abandono del análisis materialista de la sociedad capitalista y en la debilidad de su interpretación de las perspectivas de la revolución científico-técnica, que le conduce a la derrota moral frente a las capacidades de integración del sistema y la huída imaginativa.

Andrés Sorel
Anotaciones a una polémica sobre literatura

«La polémica desarrollada últimamente en España, con las limitaciones y en la forma en que se ha llevado, me recuerda que algo huele a podrido no sólo en nuestras estructuras culturales, sino en quienes en virtud de no sé qué compromiso y realización, se consideran los contestatarios de nuestra sociedad.»

Crítica de libros

Sobre la revolución cultural china
Sobre las reformas económicas socialistas

Debate estudiantil

Hablan los estudiantes de la lucha universitaria

(c) Ministerio de Cultura 2005

Fabricación y distribución en Francia: «Colección Ebro».
Director responsable: Vincenzo Bianco.
Dirección administración: Via delle Zoccolette, 30 - Roma.
Registrado presso il Tribunale di Roma col. n. 9411 del 26-9-1963.

Imprimerie
Robin et Mareuge - Paris.

MINISTERIO DE CULTURA

(c) Ministerio de Cultura 2005

CIERTOS ASPECTOS DE LA LUCHA IDEOLOGICA ACTUAL

1.

— La importancia y el peso de la lucha ideológica (tomando este término en su sentido más amplio) crece de modo apreciable en la época actual. La interconexión entre los procesos de base, objetivos, y las corrientes ideológicas que suscitan, es cada vez más íntima.

Se han lucido los que, hace unos años, lanzaron la «teoría» de que nos encontrábamos en el período del «fin» o del «crepúsculo» de las ideologías. Si hoy algo está claro, es precisamente lo contrario.

Varias son las causas que explican este creciente papel, en el proceso histórico, de la lucha ideológica. Quizá la más esencial es que el mundo está dividido en dos sistemas, el capitalista y el socialista. Esta bipolaridad *pone en discusión* todas las realidades que rodean al hombre. Mina y corroe todas las tendencias al inmovilismo, a la rutina, al conformismo.

Esta división no tiene punto de comparación con lo sucedido en épocas anteriores, en que el mundo se dividía, por ejemplo, entre capitalismo y feudalismo. Primero, porque hoy de la bipolaridad global socialismo-capitalismo es consciente una parte inmensa de la humanidad, cuando en épocas pretéritas, el conflicto capitalismo-feudalismo no tenía ese carácter global y se reflejaba sólo en formas parciales y mediatizadas (guerra de un país contra otro, discusión de un filósofo con otro, etc.) Segundo, por el contenido mismo de uno y otro salto: el paso del feudalismo al capitalismo ponía en discusión algunas leyes y valores feudales, pero continuaba y perpetuaba rasgos esenciales (sobre todo para las grandes masas humanas), como la existencia de explotadores y explotados. El salto capitalismo-socialismo implica quebrar pilares, asentados por una vigencia milenaria en la evolución de la sociedad humana: la existencia de las clases, la opresión de la mayoría de los hombres por una minoría dominante...

Un segundo factor estimulante de la lucha ideológica es la liquidación del mundo colonial. La historia ha dejado de ser «europea». Con ello, un cúmulo de problemas nuevos se colocan sobre el tapete del enfrentamiento de ideas. El surgimiento de culturas, antes apagadas o ignoradas, trastoca o subvierte ángulos de visión canonizados por el tiempo y la costumbre.

A lo dicho anteriormente se agrega el impacto extraordinario de la revolución científico-técnica, de cuyos efectos es quizá imposible que tomemos plena conciencia aún, por la envergadura fantástica que está alcanzando. Todos los procesos que llevan a la conquista del cosmos, a la domesticación de la energía nuclear, a la quimificación de numerosos procesos industriales, a la generalización del empleo de los computadores, etc... representan una multiplicación gigantesca de la capacidad del hombre de utilizar y de cambiar la naturaleza. Además uno de los aspectos que influye de un modo más decisivo sobre la lucha ideológica es que el volumen de los *conocimientos* de que dispone la humanidad, en las más diversas ramas, crece a un ritmo impresionante. Todo esto dinamiza la lucha ideológica, impone la superación de nociones caducas y la elaboración de nuevas ideas y concepciones que tengan en cuenta los avances prodigiosos de la ciencia y la técnica, y que los estimulen.

Paralelamente, se produce en numerosos países una elevación del nivel cultural de grandes masas (impuestas en gran parte por los efectos de la re volución ciéntifica). Las determinaciones que éstas adoptan en lo político, filosófico, etc. tienden a depender menos de hábitos, conformismos, sentimientos, y más del raciocinio, de la confrontación entre diversas opciones.

El factor subjetivo se eleva así considerablemente en la historia contemporánea.

2.

— A partir de las coordenadas indicadas más arriba (a las que haría falta agregar otros fenómenos) y si simplificamos lo que ocurre en la esfera de la lucha ideológica, cabría agrupar los procesos más significativos en torno a estas dos vertientes: a) la crisis de la ideología burguesa (o más bien, de las ideologías burguesas), crisis no exenta de momentos lúcidos; b) el auge de la ideología marxista, auge no exento de momentos de crisis.

La raíz común de esta doble evolución es que —en términos muy generales— la realidad histórica (a través de las luchas revolucionarias de las masas, de la confrontación del mundo capitalista y del mundo socialista, de la liberación de los pueblos antes encadenados por el colonialismo, de las propias realizaciones y perspectivas de la revolución científico-técnica, etc.) está confirmando la «verdad» del marxismo. Y está destruyendo las bases mismas en las que tradicionalmente se han apoyado las ideologías apologéticas o justificativas de los regímenes de opresión y explotación.

Los acontecimientos del último período, con el viraje histórico que representa la derrota del imperialismo yanqui, el más potente del mundo, en el Vietnam; con el surgimiento de luchas de masas (después del mayo francés) que perfilan, a un nivel más alto de lucha de clases, nuevas posibilidades revolucionarias en las sociedades capitalistas más desarrolladas, están derribando las construcciones ideológicas que mayor impacto causaron en la «post guerra»: bien en el sentido de defender el régimen burgués, o intentar su supuesta autorenovación, o de teorizar la imposibilidad de luchar contra él.

Si la revolución científico-técnica (y a la vez el permanente desafío del mundo socialista) son estímulos que han permitido al capitalismo, en su forma

(c) Ministerio de Cultura 2005

monopolista estatal, en el terreno económico sobre todo, momentos de desarrollo importantes, el hecho esencial, a nivel ideológico, es que los progresos de la ciencia moderna ahondan las contradicciones básicas del capitalismo y crean nuevas contradicciones. Por ejemplo, impulsan la multiplicación del número de los estudiantes, la ampliación de amplias capas de técnicos, intelectuales o científicos. Estos sectores de la población, cuyo peso crece, chocan en su gran mayoría con el capital monopolista, se acercan a las condiciones sociales de los obreros industriales, se convierten en un aliado muy importante de la clase obrera, incorporando así una nueva fuerza motriz al proceso de la revolución socialista.

Desde *dentro* de la civilización de consumo, ésta es negada y el capitalismo puesto en discusión por masas ingentes.

La «unidimensionalidad» no tiene el rasgo de fatalidad que casi le atribuye Marcuse. Puede ser quebrada. Y de hecho se quiebra.

Los esfuerzos ideológicos de la burguesía se dispersan hoy sobre todo en empresas parciales, en suscitar falsos problemas, en levantar cortinas de humo, en frenar un proceso de toma de conciencia revolucionaria que abarca a sectores cada vez más amplios. Que obtiene resultados aquí y allá en esa labor es obvio. También lo es que no logra presentar una alternativa de conjunto ante la ofensiva del marxismo.

Además en el mundo de hoy, el método especulativo, como tal, inherente a todas las concepciones religiosas e idealistas que durante siglos han mantenido abierto el foso entre la vida real de los hombres y sus «sueños» espirituales, está perdiendo vigencia. El nivel alcanzado por las fuerzas productivas, los progresos del conocimiento y de la técnica, la presión misma del marxismo, atacan y acorralan a las filosofías especulativas. Se impone más y más la tendencia a una *cientificación* de la lucha política e ideológica en general. Los límites a los que está llegando el hombre en sus conquistas sociales, geográficas y cósmicas, técnicas, etc. permiten *pensar* científicamente, o casi, las utopías más audaces. Pero en cambio, socavan o desinflan las creaciones especulativas.

El pensamiento burgués, cuando se inserta en esa tendencia a la desespeculación, puede lograr, y logra, ciertos resultados brillantes en la investigación concreta de ciertas zonas de la realidad. Pero se estrella cuando intenta síntesis globalizadoras.

3.

— La revista «Razón y Fe», de los jesuitas españoles, escribía en su número de febrero de este año:

«En medio de lo mucho que se habla y se escribe, se dialoga y se discute, en nuestros días, sobre el marxismo, hay dos cosas que parecen quedar muy claras a quien intenta situarse más allá de todo apasionamiento: La primera es la manifestación evidente de que el Marxismo ha alcanzado hoy un nivel de difusión y preocupación ideológica *mayor que nunca*. Sea lo que sea de las realizaciones concretas, Marx es hoy *más que nunca* el jefe vivo de muchos hombres que se interesan por construir la tierra sin contar para nada con el cielo.»

Frases semejantes se pueden leer en revistas u obras de diverso carácter. Es difícil no reconocer que asistimos, en el mundo capitalista, a un incremento considerable de la influencia de las ideas del marxismo.

Ante la crisis de las ideologías burguesas a las que acabamos de referirnos, los intentos —que rebrotan en formas diversas— de levantar una «tercera» ideología, de inventar una «tercera» vía, de imaginar «terceras» soluciones, sufren repetidos fracasos.

Están frente a frente dos mundos, dos ideologías.

En el último período, el auge de la influencia marxista se manifiesta incluso en el sentido de que sus ideas penetran al interior de las ciudadelas de la ideología burguesa. En numerosas Universidades de Francia, Italia, Inglaterra, Escandinavia, incluso de Estados Unidos y de Alemania occidental (y en España ocurre ya en algunas Facultades, a pesar del franquismo y de la ilegalidad a que se hallen condenadas las ideas marxistas) se valora el marxismo al menos como una parte esencial de la cultura moderna. En muchos casos, profesores universitarios se declaran marxistas, enseñan en sus cátedras teorías emparentadas, ligadas al marxismo.

Hace algunos lustros, la situación era diametralmente diferente. La moda general, por no decir obligatoria, era despreciar al marxismo diciendo que estaba completamente sobrepasado; a lo sumo, que tenía cierto interés como fenómeno del siglo XIX.

Es ilustrativo, por ejemplo, releer lo que un Fernando de los Ríos, dirigente durante muchos años del Partido Socialista Obrero Español, Ministro de la República, además de profesor de filosofía del Derecho, ha escrito sobre el marxismo en «El sentido humanista del socialismo». Lo sorprendente no es tanto que lo critique, que lo ataque, sino el desprecio «intelectual» que muestra hacia el marxismo. Escribe de él ignorando su contenido real, deformándolo y mutilándolo. Lo presenta como una especie de economismo mecanicista («calvinismo sin Dios», «teoría de la predestinación social»). Dice que el marxismo condena al hombre «a contemplador de lo que acaece en la escena histórica», y otras frases por el estilo.

Tales muestras de ignorancia e incomprensión hacia el marxismo eran normales en España, incluso en los medios intelectuales de izquierda. Y lo mismo sucedía en círculos semejantes de otros países.

Hoy personas con posiciones políticas más reaccionarias que las de un Fernando de los Ríos, no pueden, si pretenden a cierto nivel intelectual, ignorar o deformar tan burdamente el marxismo.

Ello refleja que el marxismo ha ganado y está ganando batallas intelectuales dentro incluso de la Universidad burguesa.

En el desarrollo de numerosas ciencias históricas, etnográficas, sociológicas, y también naturales, crece la tendencia a tomar el marxismo como punto de referencia, como marco dentro del cual adelantar la investigación en diferentes direcciones.

Una parte considerable del estructuralismo, por ejemplo, —y Lévi-Strauss lo reconoce de modo explícito— considera que sus concepciones se inscriben en un horizonte marxista.

Lo que ocurre en el seno de la Iglesia es un fenómeno más significativo aún: un sector importante

(c) Ministerio de Cultura 2005

del movimiento renovador de la Iglesia, surgido después del papado de Juan XXIII y de Vaticano II, y sobre todo allí donde esas corrientes están directamente entroncadas con luchas de las masas obreras y populares (como España y América Latina) asume y hace suyas algunas de las concepciones básicas del marxismo, considerando que pueden ser compatibles con sus convicciones religiosas.

La práctica está confirmando la tesis adelantada por Santiago Carrillo en el libro «*Nuevos enfoques a problemas de hoy*», en el que —hablando del diálogo cristiano-marxista— decía: «Hay zonas de la ideología marxista-leninista en las que es posible, no ya la coexistencia, sino la coincidencia, lo que hace más factible la colaboración práctica».

Surge hoy, no como un fenómeno individual, sino colectivo, la imagen del «marxista creyente», según la expresión utilizada por el P. Gómez Caffarena S. J. en un artículo de gran interés («Cuadernos para el Diálogo», Mayo 1969); es decir —en nuestra óptica— del creyente que acepta las zonas económicas, sociales y políticas de la ideología marxista, a la vez que diverge del marxismo en sus zonas filosóficas.

Cabría también citar aquí el papel de la ideología marxista en acontecimientos políticos recientes que reflejan el papel nuevo de ciertos sectores de la oficialidad militar en algunos países árabes y latinoamericanos, como el Sudán, Libia, Perú, donde se apunta una combinación de nacionalismo antiimperialista con tendencias socialistas. Los jefes del Pentágono constatan con amargura que la enseñanza de una asignatura de «marxismo-leninismo» en escuelas militares «antiguerrilleras» organizadas por ellos para intensificar la lucha contra los movimientos de liberación en América Latina, ha actuado en ciertos casos como un *boomerang*: en vez de odio y repudio, ha sembrado interés, curiosidad y en fin de cuentas adhesión al marxismo.

Un hecho mucho más importante aún que todos los que acabamos de registrar, es la influencia extraordinaria que tiene la ideología marxista entre las más amplias masas trabajadoras y, de un modo muy particular, entre las masas de la juventud.

No creemos exagerar afirmando que el rasgo más decisivo de la lucha ideológica en el mundo de hoy es el auge del marxismo; éste deviene más y más el eje del gran enfrentamiento de ideas que tiene lugar a escala internacional. Las ideas marxistas penetran en terrenos a los que nunca habían tenido acceso. Vivimos un período de ofensiva ideológica del marxismo.

Precisamente para que esta ofensiva pueda ser más eficaz, tenemos que encararnos sin temor con la existencia de zonas de crisis dentro del desarrollo de la ideología marxista:

De un lado, están los problemas ligados a la relación de la ideología marxista con la estructura histórica objetiva, surgida del triunfo del marxismo, o sea las sociedades socialistas, el mundo socialista. El hecho de que los problemas de esa índole sean en gran parte soslayados o marginados es un freno para el avance del marxismo, para su lucha contra el imperialismo.

De otro lado, en los países capitalistas se observa que la simpatía de muchos sectores de la juventud, de estudiantes, técnicos, intelectuales, etc. por las ideas marxistas no se plasma, en la medida correspondiente, en militancia dentro del partido de la clase obrera. Hay aquí un desfase excesivo, puesto que ser marxista, plenamente, implica, de forma insoslayable, no sólo «pensar» como marxista, sino «actuar» como tal. Es propio de la ideología marxista que no puede, por su naturaleza misma, *quedarse* en ideas; que tiene que traducirse a la vez en acción. El marxismo se caracteriza por esa unidad, esa conjunción *necesaria* del pensar y del actuar. La actuación marxista además no puede ser individual. Es, por definición, acción revolucionaria, acción dentro de la lucha de la clase obrera, acción de *partido.*

Ese desfase entre la influencia de la ideología marxista y su plasmación como fuerza revolucionaria organizada, como fuerza *de partido*, refleja sin duda fenómenos de inmadurez en la conciencia de determinados sectores. Pero refleja también el retraso del marxismo (y en algunos casos, de sus partidos) en abordar problemas nuevos que son hoy esenciales para la lucha revolucionaria en este último tercio del siglo XX.

4.

— El socialismo ha mostrado su superioridad sobre el capitalismo en los aspectos claves de la vida humana, poniendo fin a la explotación del hombre por el hombre. Ha acabado con la división clasista. Ha asegurado, en los países donde ha triunfado, desarrollos económicos a ritmos impresionantes. Ha conseguido elevar el nivel de vida, el nivel educativo y cultural de las masas en proporciones y en ritmos desconocidos anteriormente.

Tenemos el ejemplo del primer país socialista, la Unión Soviética, que de ser un país atrasado en todos los órdenes, se ha convertido en la segunda potencia económica del mundo, y ocupa incluso la primera fila en zonas decisivas del progreso técnico y científico.

Eso lo ha logrado a costa de sacrificios gigantescos del pueblo soviético. Enfrentándose, durante lustros, con el mundo entero. Derrotando la intervención armada, en un principio, de casi todos los países capitalistas. Más tarde derrotando la agresión del hitlerismo; más de 20 millones de soviéticos dieron su vida para liberar su patria, y para salvar a la humanidad del infierno hitleriano. La epopeya de la construcción del socialismo en la URSS ha levantado admiración, cariño, solidaridad entrañable entre las masas explotadas del mundo capitalista; e igualmente las gestas de la revolución china, cubana, de las guerras de liberación de Corea y hoy del Vietnam. El entusiasmo que provoca, entre millones de hombres, este surgir de un mundo nuevo, cuya primera ley es abolir la explotación y la opresión, es un rasgo central de la actual lucha ideológica.

La superioridad del socialismo (sobre todo en esos terrenos), demostrada en el curso de una historia relativamente breve es una de las fuentes principales de la expansión que la ideología marxista está logrando en los países capitalistas, apoyándose en la razon y el setimiento.

Pero sería erróneo deducir de ello que la lucha ideológica contra el imperialismo se puede basar simplemente en mostrar las lacras de éste, y exaltar las ventajas del socialismo.

La apologética es inútil e incluso contrapoducente. Toda tendencia a la apologética es señal de

(c) Ministerio de Cultura 2005

una debilidad teórica. El marxismo necesita curarse de esa enfermedad, precisamente para poder elevar su capacidad ofensiva en la lucha contra la ideología del imperialismo.

En ese orden, quizá la tarea más urgente que tiene el marxismo sea la de crear los cauces para promover, dentro de sí, el debate de ideas imprescindible acerca de los problemas que plantea hoy, en el plano teórico, el socialismo tal como existe en el actual momento histórico.

Premisa para ello es que el marxismo reconozca su *propia* diversidad interna, diversidad que le es hoy consustancial.

El desarrollo del marxismo contemporáneo necesita ser impulsado por una dialéctica interna que ha surgido en su seno como consecuencia del triunfo del socialismo en 14 países, en la tercera parte del mundo.

Llegamos a uno de los puntos más agudos del actual debate ideológico: el de los diferentes *modelos de socialismo.*

La afirmación de que existen diferentes modelos de socialismo en nada reduce o menoscaba el papel histórico *exclusivo* que ha desempeñado la Revolución de Octubre, al abrir una nueva época en la historia de la humanidad, la época del socialismo y del comunismo.

Pero negar que existen hoy, a los 52 años de haber triunfado la revolución socialista en la Unión Soviética, diferentes modelos de socialismo sería negar la realidad. Lo cual es antimarxista por definición. Pero sería, además, poner en entredicho algunas de las tesis establecidas en las obras clásicas del marxismo-leninismo.

Si nos remitimos a las previsiones elaboradas a este respecto en diversos trabajos de Lenin, aparece con toda claridad que éste concebía el desarrollo del socialismo en diferentes países mediante la creación de formas, de modelos diversos, con diferencias muy importantes *en las estructuras políticas* y en otros aspectos.

Por ejemplo, en «El Estado y la Revolución», se refiere a las diferentes formas, «extraordinariamente diversas», que tienen los Estados burgueses; dice que la esencia de todas ellas es, en última instancia, una «dictadura de la burguesía»; y luego agrega:

«La transición del capitalismo al comunismo, no puede, naturalmente, por menos de proporcionar una enorme abundancia y diversidad de formas políticas, pero la esencia de todas ellas será, necesariamente, una: la dictadura del proletariado».(1)

En el trabajo titulado «*Sobre la caricatura del marxismo y el economismo imperialista*», Lenin se refiere asímismo a la extraordinaria diversidad de formas políticas que tiene el régimen burgués en los países imperialistas, y agrega:

«La misma diversidad aparecerá en el camino que ha de recorrer la humanidad desde el imperialismo de hoy hasta la revolución socialista de mañana. Todas las naciones llegarán al socialismo, eso es inevitable, pero no llegarán de la misma manera; cada una de ellas aportará su originalidad en una u otra forma de la democracia, en una u otra variante de la dictadura del proletariado, en uno u otro ritmo de las transformaciones socialistas de los diversos aspectos de la vida social. No hay nada más mezquino en el aspecto teórico, ni más ridículo en el aspecto práctico que «en nombre del materialismo histórico», imaginarse el futuro en *este* terreno pintado de un uniforme color grisáceo...» (1)

Estas citas confirman que la realidad con la que tenemos que encararnos hoy, la existencia de modelos de socialismo diferentes en los diversos países donde éste ha triunfado, lejos de desmentir las previsiones teóricas de Lenin, las confirma.

De forma incluso más concreta, conviene fijarse en que Lenin, al abordar este problema, se refiere precisamente a diferencias en las *estructuras políticas* de la sociedad socialista, que por estar muy influidas por el nivel de las fuerzas productivas, por el nivel cultural y las tradiciones nacionales, debían tender a plasmarse en formas diferentes.

Por otra parte, una de las fuerzas del marxismo contemporáneo es tener una actitud de crítica radical, inequívoca, ante una serie de realidades históricas del socialismo que, en ese terreno de las estructuras políticas, han representado graves violaciones de sus principios. En ese orden, el XX Congreso del PCUS representó un viraje histórico irreversible y cuyo valor es necesario subrayar en estos momentos. Puso al descubierto las deformaciones antidemocráticas, despóticas, burocráticas que tuvieron las estructuras políticas en tiempos de Stalin; los crímenes, incluso, a que dieron lugar contra muchos comunistas. De esa manera, se colocó en un primer plano, no sólo en el terreno político, sino igualmente en el plano teórico, la necesidad de una búsqueda audaz para encontrar y garantizar formas eficaces que diesen realidad a los principios de la democracia socialista.

Al mismo tiempo, el XX Congreso mostró que, con esas estructuras y métodos burocráticos y represivos, el marxismo, como teoría, como ideología de vanguardia, quedaba prácticamente anulado. Era, sí, una ideología *oficial, estatal*. Pero precisamente por eso se vaciaba de lo que es su médula; quedaba reducido a mecanismo mental para justificar decisiones políticas adoptadas por el Estado o la dirección del Partido, pero no podía desempeñar su papel imprescindible de teoría *crítica* de la realidad, de apertura de perspectivas, de aportación creadora a la transformación, al progreso en la marcha hacia la realización de los ideales del socialismo y del comunismo.

En esas condiciones, unas ideas pueden desde luego vivir de las glorias del pasado, de haber contribuido a transformar la faz del mundo. Pero muy pronto la teoría como tal queda acartonada, deja de ser científica, se aleja de la realidad viva, pierde eficacia e incluso puede contribuir a causar daños muy serios.

5.

— El enriquecimiento del marxismo hoy, mediante una asimilación dialéctica de la diversidad que es inherente al socialismo, choca con un obstá-

(1) Obras Escogidas —Tomo II— pág. 330. Moscú s. f.

(1) Folleto. Edit. Progreso. Moscú. s.f. p.46

(c) Ministerio de Cultura 2005

culo: la aplicación de esquemas anticuados a las diferencias que surgen dentro del marxismo.

El problema tiene raíces hondas. Durante un largo período, el marxismo se ha desarrollado exclusivamente como ideología de la clase explotada de la sociedad capitalista; clase oprimida en lo económico y en lo cultural. El marxismo se abría paso en un mundo en el que dominaba por entero la ideología burguesa, cercado y acosado por ésta.

En esa situación, las diferencias que aparecían en el seno del marxismo eran, casi como ley, el reflejo de la influencia o de la penetración de la ideología burguesa o pequeño burguesa. Las graves desviaciones reformistas (y en otro sentido anarquistas), los oportunismos de derecha y de izquierda, eran típicos reflejos de la ideología burguesa dentro del marxismo.

El marxismo —y el mérito de Lenin en esto es decisivo— supo desenmascararlos *como tales,* combatirlos, derrotarlos, proteger y conservar así su esencia de ideología proletaria y revolucionaria; y desarrollarse a la vez en función de las realidades de una nueva época histórica.

Actualmente, las condiciones de la lucha ideológica —como hemos visto más arriba— son otras: existe un mundo socialista.

El marxismo se encuentra hoy con diferencias en su seno *cualitativamente* distintas a las que acabamos de mencionar. Diferencias originadas por la propia aplicación del marxismo a realidades muy diversas a través de los triunfos históricos de la revolución socialista.

No podemos ser amarxistas cuando reflexionamos sobre el desarrollo del marxismo. Tal haríamos si aceptásemos una relación *pasiva* entre las bases objetivas socialistas, las sociedades socialistas, y la superestructura que representa la ideología marxista. Esa relación es *activa,* y por lo tanto en el marxismo se engendran hoy diferencias, discrepancias, contradicciones que son el resultado, la consecuencia, a nivel ideológico, de la diversidad existente entre las sociedades socialistas. Sociedades que son fruto de la derrota de los capitalistas y terratenientes. Que son, *todas ellas,* parte del campo internacional del socialismo; todas ellas, parte integrante del proceso mundial de la revolución socialista. Y a las que nadie puede atribuir, *per se,* mayores o menores quilates de pureza o autenticidad marxista.

Por lo tanto *esas* diferencias, discrepancias y contradicciones *no tienen un carácter clasista. Esas* ideas diferentes están, unas y otras, situadas *dentro del campo de la clase obrera.* Son, unas y otras ideas que se mueven *dentro del marxismo.*

Quiere ello decir que necesitamos un viraje profundo en el enfoque mismo de aspectos fundamentales del debate ideológico. En no escasa medida —reconocerlo autocríticamente es una medida saludable— ha predominado la tendencia a aplicar, en las diferencias surgidas dentro del marxismo, una «cura» que, a costa de cierta caricaturización, podría resumirse así: el que «no está de acuerdo» es un «agente de», o refleja la influencia de la burguesía. Con otras palabras, es un «oportunista de derecha» o de «izquierda».

Este es, más o menos, el esquema utilizado en la decoración ideológica de la intervención militar de los cinco países del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia; en un esquema semejante se proyectan las contradicciones entre China y la URSS y otras contradicciones entre Estados socialistas, y asímismo entre partidos. De «desviaciones pequeño-burguesas» se ha calificado determinados rasgos de la edificación socialista en Cuba, etc.

La tentación de aplicar a las contradicciones internas al marxismo, internas a la clase obrera mundial y al socialismo, el molde «clásico» de la lucha contra tendencias o desviaciones burguesas es bastante fuerte porque se apoya en el peso de la rutina y permite efectos políticos relativamente fáciles; elimina además, de modo casi imperceptible, la necesidad de una verdadera elaboración teórica.

Pero ese método es nefasto, tanto desde el punto de vista de la lucha contra la ideología imperialista como de cara al necesario enriquecimiento del marxismo en la actualidad.

Tal actitud ha hecho crisis. Por ese camino, cada marxista se podría convertir hoy en «agente de la burguesía» de otro marxista.

O reconocemos la diversidad en el marxismo,, o acabamos siendo todos «oportunistas de alguien». Es decir, en última instancia, descuartizamos el marxismo.

Cierta toma de conciencia de ese peligro se ha reflejado, sin duda, en la Conferencia de Partidos Comunistas y Obreros celebrada en Moscú en junio pasado. De ahí, que en ella se hiciesen pasos importantes —sobre todo si se tiene en cuenta el contexto— hacia un reconocimiento de la *diversidad* en el movimiento comunista internacional. De la *diversidad,* como condición precisamente de la nueva *unidad* que es necesaria en las condiciones contemporáneas.

6.

— Esta necesidad de abrir, dentro de sí mismo, una dialéctica, una polémica de ideas, se le presenta al marxismo *al mismo tiempo* que sufre los ataques de la ideología burguesa; cuando tiene que seguir llevando a cabo una lucha ideológica implacable contra el enemigo de clase, contra el imperialismo. Lucha decisiva de la que depende en no escasa medida la suerte de la humanidad.

En esta circunstancia se apoyan muchas de las actitudes inmovilistas, dogmáticas, que tienden a encerrar al marxismo en un hieratismo triunfalista, a sustraerle de la saludable, pero difícil, confrontación con las realidades vivas.

Se emplea el argumento, más o menos explícito, de que si callamos «lo negativo», las cosas que «van mal» en el socialismo, si disimulamos o amenguamos las diferencias y contradicciones que existen dentro del marxismo, seremos *«más fuertes»* para la lucha contra el imperialismo.

Incluso si aceptamos colocarnos en ese terreno, que no es correcto (porque establece el «a priori» de una instrumentalización del marxismo al servicio de realidades estatales más o menos pasajeras) resulta que ese argumento es completamente falso. Y falso por ser defensivo en un momento de ofensiva del marxismo.

¿Qué «marxismo» está hoy en condiciones de impulsar con éxito una batalla mucho más ofensiva contra la ideología imperialista, de contribuir a la uni-

(c) Ministerio de Cultura 2005

dad de todas las fuerzas comunistas y antiimperialistas, y de preparar nuevos avances de la revolución socialista?

Eso no lo puede lograr ningún «marxismo» cortado a medida, acicalado y afeitado para justificar la «incondicionalidad» a la política estatal en uno u otro país socialista. Efectivamente, tal «marxismo» acaba siendo exaltador de la política soviética, por ejemplo, y a la vez productor de anatemas contra la política china. O viceversa. Desgraciadamente no hablamos de meras hipótesis, sino de tristes realidades... Por esa vía se desemboca en auténticas degeneraciones del marxismo como teoría. Por ejemplo, la intervención en Checoslovaquia y sus consecuencias (incluidos sus efectos dentro de la dirección del Partido Comunista checo) está provocando una total tergiversación, dentro de las zonas de teoría marxista dedicadas a justificar esa política, de las tesis marxistas y leninistas sobre el Estado. Se exalta el Estado como violencia, como Poder, como imposición «desde arriba». Se calla lo esencial y lo más elemental de la teoría marxista del Estado: a saber que el Estado, incluso el socialista, es «un mal». Un mal necesario, en una etapa, pero un mal. Y que la superioridad *decisiva* que tiene que tener un Estado socialista (para ser tal) es asentarse en el apoyo de las masas, y no en el Poder como poder sobre las masas. Podríamos dar otros muchos ejemplos. Sirva éste para que se entienda mejor lo que queremos decir.

Volviendo al marco muy concreto en que ahora argumentamos, ¿qué resultado da esa actitud para la lucha contra el imperialismo?

Este, condenado a una penuria extrema en cuanto a la «producción de ideas» en defensa de su régimen caduco, concentra cada vez más sus esfuerzos en la utilización de las diferencias y contradicciones que existen en el seno del socialismo. Eso no puede sorprender. Tal tendencia a aprovecharse (en lo político y en lo ideológico) de las dificultades que surgen en el mundo socialista refleja, en última instancia, la situación defensiva del imperialismo.

A la vista de lo anterior, uno de los mayores errores en que puede caer el marxismo (y desgraciadamente así ocurre con demasiada frecuencia) sería imputar a «manejos del imperialismo» todas las dificultades y contradicciones que surgen en su seno. Tal «evasión de la realidad» es inútil y hasta contraproducente. La realidad es otra: esas dificultades y contradicciones son propias del marxismo, en su desarrollo histórico, (por mucho que luego las agite y las aproveche el imperialismo). Su superación, su corrección está *dentro* del marxismo. Reconocerlo así es además el primer paso necesario hacia la solución.

Es más. De lo que hoy se beneficia el imperialismo, en su lucha ideológica contra el marxismo, no es tanto de las diferencias y contradicciones existentes en el seno de éste; es, sobre todo, del hecho de que aún el marxismo no ha encontrado los cauces para abrir en su seno una dialéctica que permita «interiorizar» esas dificultades y que facilite la promoción, a pesar de ellas, y con ellas, de un frente común, de una lucha ideológica común contra el imperialismo.

Para dar nuevos impulsos a la *ofensiva* ideológica contra el imperialismo, para facilitar a la vez la imprescindible unidad antiimperialista, el marxismo tiene que ser cada vez más fiel a su esencia materialista, crítica, proletaria y revolucionaria. Tiene que asumir la realidad, y en primer lugar la realidad socialista, *toda ella y tal como es.*

Para evitar interpretaciones confundidas, agregaré aquí —aunque son evidentes— dos breves observaciones: una, que lo dicho anteriormente no significa que no se den hoy infiltraciones de ideas burguesas en tales o cuales zonas del pensamiento marxista. En lo que hemos insistido es en que existen diferencias dentro del marxismo que no tienen ese origen; sino que dimanan de la propria base socialista.

Otra: que nuestras críticas contra la «apologética» y «la incondicionalidad» no tienen nada de común con las actitudes de quienes, obcecados por la crítica de aspectos negativos de las experiencias socialistas, acaban olvidándose de lo decisivo: la superioridad esencial del socialismo sobre el imperialismo. Pero resulta que al obstaculizar una crítica verdaderamente marxista de las realidades socialistas, las actitudes «incondicionales» fomentan, de hecho, la tendencia al nihilismo ante los valores reales del socialismo.

7.

— Las consideraciones anteriores pueden dejar pendiente una duda, a la que desearíamos responder en este último punto:

Decir que las actuales diferencias y contradicciones del campo socialista deben ser interiorizadas por el marxismo y no achacadas, en primer término, a «influencias burguesas» ¿no conduce a aceptar diversos «marxismos nacionales» o a una especie de ensalada ecléctica?

Creemos lo contrario. ¿De donde parte la tendencia a la dispersión del marxismo, como doctrina común de la clase obrera internacional, en diversas doctrinas contrapuestas?

Tomemos la realidad tal como es. Entre los diferentes países socialistas existen contradicciones derivadas, en gran parte, de sus respectivos intereses de Estado. Si un Estado socialista, o un grupo de varios Estados socialistas, para la defensa de sus posiciones estatales, encontradas con las de otros Estados socialistas, invocan la «defensa del marxismo», se provoca una respuesta paralela y tenemos por ahí, casi automáticamente, el surgimiento de «marxismos nacionales».

¿Cómo decidir cual de ellos es el verdadero? Es obvio que no sirven ni los criterios del número o de la fuerza, ni la abundancia de citas de los maestros, ni los «derechos de antigüedad»...

El marxismo no tiene —ni puede tener por su carácter mismo de ciencia— «juez supremo» que defina *lo más* o *lo menos* marxista; ni Santo Oficio de su «pureza».

En la medida en que es mediatizado por consideraciones estatales, al marxismo le acecha otro peligro: el de desdoblarse, en dos niveles desconexionados: por un lado, un conjunto de verdades muy generales, establecidas por sus fundadores; por otro, una serie de consignas concretas, puramente propagandísticas y coyunturales. Con ello se abre brecha a toda clase de abandonos teóricos e ideológicos; al relativismo y al eclecticismo. Tal desdoblamiento evacúa el momento decisivo del marxismo. Su momento científico, y por ello el más revolucionario. El

(c) Ministerio de Cultura 2005

momento del análisis, del contacto vivo con la realidad; de la aplicación de los principios a la realidad, para conocerla desde luego, pero sobre todo para transformarla.

Necesitamos lo contrario: colocar en el primer plano del desarrollo del marxismo su contenido medular *de ciencia;* y de ciencia de la revolución. El criterio de la ciencia, y el motor que la hace avanzar, es la práctica. El criterio de la verdad marxista, de la ciencia marxista, es la práctica. Y más en concreto, la práctica del avance o del retroceso de la revolución.

Así, en nuestra opinión, recuperaremos los momentos de unidad que el marxismo contiene y necesita.

A la unidad política antiimperialista ya nos hemos referido más arriba.

El momento de la unidad teórica no puede lograrse más que por la vía de un debate sincero, en términos científicos, de un contraste de opiniones que permita la comparación de las situaciones diferentes. Y sobre todo, el contraste con la práctica. Tal proceso de discusión, que necesariamente será largo, individualizará hoy zonas, sin duda amplias, de diversidad; y zonas fundamentales de unidad. Así es hoy el marxismo, y probablemente no puede ser de otra manera. Tiene una base unitaria, un horizonte teórico unitario, pero no es monolítico.

Nunca una ideología ha tenido una diversidad de aplicación tan extraordinaria como el marxismo. Aparte de otras causas, las zonas de diversidad actuales del marxismo son sin duda reflejo de hondas diferencias objetivas. Su superación irá ligada, no sólo a un proceso imprescindible de discusión interna, sino también al proceso objetivo de disminución de las diferencias y contrastes entre países; contrastes que el imperialismo tiende a conservar y a agudizar; pero que el triunfo mundial del socialismo amenguará y superará.

Terminamos con algo que se parece más al inicio de un nuevo razonamiento que a una conclusión. Así queda claro que los temas tratados están abiertos a nuevas reflexiones y comentarios.

Manuel AZCARATE

¿ES LA TEORIA SOCIAL DE MARCUSE UNA TEORIA CRITICA?

Herbert Marcuse es, entre otras cosas, el pensador que ha expresado recientemente con mayor alcance una doble decepción: la decepción ante las realizaciones históricas del socialismo y ante la capacidad de resistencia de las viejas formas de dominación.

Las revoluciones socialistas no han abierto las puertas del paraíso; estamos todavía lejos del sueño de una «humanidad socializada». Si bien han hecho que una buena parte de la humanidad diera pasos históricos excepcionalmente vastos y rápidos y han estimulado cierta evolución progresista en otros países, estas revoluciones no han conducido al remate de la obra de emancipación prevista por los inspiradores iniciales del socialismo. Este es un hecho incontrovertible, independientemente de la interpretación que pueda darse a su naturaleza y a sus causas. este hecho se añade la relativa estabilización del capitalismo en la postguerra de la segunda guerra mundial.

Hay síntomas de agotamiento de esta etapa de estabilización relativa en la derrota estadounidense en Vietnam, el recrudecimiento de las luchas en los países subdesarrollados y la agudización de la lucha de clases en las metrópolis con nuevas formas y nuevas fuerzas. Pero el movimiento comunista atraviesa también una seria crisis que se ha hecho patente con la invasión de Checoslovaquia y los choques chino-soviéticos de 1968 y 1969.

Ante estas realidades la urgencia de un replanteamiento crítico de muchas cuestiones es evidente, así como la inutilidad de ciertos tópicos y viejas fórmulas.

La aportación de Marcuse

La aportación de Marcuse es ambiciosa por cuanto pretende ser totalizante: pretende desentrañar las tendencias esenciales de la sociedad contemporánea y fundamentar sobre este estudio una práctica. No hace falta insistir demasiado en el mérito de Marcuse en analizar el mecanismo de las nuevas formas de dominación ideológica, política y social porque es el aspecto que más interés ha suscitado y que más comentarios y exégesis ha merecido. Asumiendo las lecciones de Freud, Marcuse pone de manifiesto la capacidad de los nuevos controles sociales

(c) Ministerio de Cultura 2005

para manipular a los seres humanos a través de una acción sobre sus mecanismos instituales. La prosperidad debida a la técnica ha permitido substituir el totalitarismo del terror por otra forma de totalitarismo aceptado bajo una apariencia de libertad; pero esta aceptación supone la capacidad del sistema para manipular los impulsos psíquicos del individuo e integrarlo a su lógica propia, por lo menos para amplias masas y durante largos períodos. Las presiones sociales integradoras son interiorizadas bajo la influencia omnipresente de los medios de comunicación de masa, los cuales destruyen las barreras entre lo público y lo privado y suprimen la autonomía de este último ámbito para la immensa mayoría de los seres humanos. De la sublimación represiva que disciplina los instintos se pasa incluso, en cierta medida, a una «desublimación» igualmente represiva, por cuanto los instintos hallan una satisfación que sólo es parcial y empobrecedora y que suprime ciertas tensiones más perentorias que en otro contexto (no totalitario) podrían adquirir un significado subversivo. El individuo se ve sumergido en un universo mental «cerrado» o «unidimensional», en la medida en que no da cabida a ninguna impugnación real del sistema: la forma dominante de pensamiento y de lenguage impide salirse del marco establecido. Desaparece (socialmente hablando) el poder del pensamiento «negativo» o propiamente dialéctico, es decir, de aquel pensamiento capaz de situarse más allá de aquel marco. Con la cultura de masas, vehículo de esta unidimensionalidad, incluso la libertad, la tolerancia y el pluralismo se convierten en medios de integración.

Para la configuración de este análisis son fundamentales dos aportaciones de Marcuse. La primera es su interpretación del freudismo desde dentro para hallar las bases teóricas de la posibilidad de una civilización no represiva. Según Freud la civilización se opone por esencia al «principio de placer». Introduciendo la idea de «sobrerrepresión», Marcuse abre la perspectiva de una posible civilización no represiva, es decir, no opuesta al principio de placer. La sobrerrepresión está constituida por « las restricciones que la dominación social hace necesarias. Hay que distinguirla de la represión fundamental, es decir, de las «modificaciones» de los instintos que son necesarias para que la raza humana sobreviva en la civilización» (1). Bajo esta nueva óptica, el «principio de realidad» que restringe y modifica los instintos, adquiere una dimensión histórica que no tenía en Freud. Marcuse introduce en particular el término de «principio de rendimiento» para caracterizar la forma que el principio de realidad adopta en las sociedades modernas. Así, asumiendo e historizando las propias categorías de Freud, Marcuse pone de manifiesto su profunda carga crítica y social (que los «revisionistas» freudianos como Erich Fromm no saben reconocer, a su juicio), y funda la idea de una sociedad no represiva. La segunda aportación importante de Marcuse es la crítica del empirismo operacionalista que constituye el substrato ideológico del sistema de dominación. En páginas magistrales (cap. 4 de *El hombre unidimensional*: «El universo del discurso cerrado») pone al descubierto la naturaleza del lenguaje funcional de la dominación: la falta de un «espacio» interior en las proposiciones y su carácter analítico, en base a imágenes fijas que petrifican los prejuicios sociales dominantes y que se usan como fórmulas rituales e imperativas; la identificación de las cosas con su función actual, que impide la toma de conciencia de otras posibles funciones incompatibles con el orden establecido; la pérdida de «transitividad» de los conceptos, que se convierten en registros de la realidad y bloquean el conocimiento ; etcétera.

Para concebir, más allá de Freud, la posibilidad de una civilización no represiva, Marcuse se funda en la abolición del peso de la necesidad exterior por obra de la tecnología moderna, que ha de poner fin al «trabajo alienado». Así, aparece ya hoy una contradicción básica en nuestras sociedades: la que se da entre las potencialidades liberadoras de la técnica moderna y las realidades opresivas de lo que él llama la « sociedad industrial avanzada», sociedad que perpetúa la miseria, las guerras (manteniendo y agravando el peligro de destrucción nuclear), que ahoga la autodeterminación personal bajo un alud de condicionamientos externos, que depreda la naturaleza, etc. En suma, frente a la posibilidad real de una emancipación ya no utópica, se yergue la realidad de una represión creciente.

¿Existe en la sociedad actual algún agente capaz de resolver esta contradicción? Marx veía en el proletariado este agente; pero «el pueblo», antes fermento del cambio social, se ha «elevado», se ha convertido en el fermento de la cohesión social», dice Marcuse en las últimas páginas de *El hombre unidimensional*, y añade: «Sin ebmargo, por debajo de las clases populares conservadoras hay el substrato de los parias y de los 'outsiders', las demás razas, los demás colores, las clases explotadas y perseguidas, los parados y los que no pueden ser empleados. [...] Su oposición golpea el sistema desde el exterior y por esto mismo el sistema no puede integrarlos» (2).

Si el diagnóstico del mal es incuestionable, ¿puede decirse lo mismo de sus raíces y de sus soluciones? ¿Es la interpretación marcusiana de la «sociedad industria avanzada» el fruto de una teoría crítica? Las páginas que siguen intentarán demostrar que no es así.

Espera económica, trabajo y utopía

En general, el pensamiento marxista, o pretendidamente tal, de los últimos tiempos ha puesto el acento en los elementos de ruptura del capitalismo, aunque latentes; se ha centrado en el estudio de las leyes eco-

(1) *Eros et civilización,* Paris (Ed. de Minuit), 1963; p. 42.

(2) Esta formulación radical corresponde a 1964 y será corregida más tarde, en el prefacio a la edición francesa, de febrero de 1967, con la introducción de la problemàtica de los países subdesarrollados y sobre todo con una temática más emparentada con la metodología marxista: la definición del papel social de un grupo o clase en función de los medios productivos. Véase como muestra el fragmento siguiente del citado prefacio: «Sus herederos históricos (de la clase obrera) serían más bien esas capas que ocupan, cada vez más, posiciones de control en el proceso social de producción y que pueden bloquearlo con la máxima facilidad, a saber, los sabios, los técnicos, los especialistas, los ingenieros, etc. Pero éstos no son más que herederos muy potenciales y muy teóricos, porque son al mismo tiempo los beneficiarios bien remunerados y satisfechos del sistema; la modificación de su mentalidad constituiría un milagro de discernimiento y lucidez.» Sin embargo, se verá más adelante que este enfoque metodológico es insólito en los planteamientos marcusianos, esencialmente moralistas y utópicos.

(c) Ministerio de Cultura 2005

nómicas que lo rigen y ha marginado los fenómenos ideológicos y sobrestructurales. El resultado general ha sido un alejamiento de la teoría respecto a la realidad aparente de los países capitalistas desarrollados. Marcuse, en cambio, impresionado por los elementos de estabilidad del sistema, se ha centrado en el análisis de sus sobrestructuras (3), donde cree hallar la clave de tal estabilidad; así ignora de hecho la dinámica de la base económico-social del capitalismo (y la del socialismo). ¿De qué manera? Es importante advertir que, salvo en el Prefacio a la edición francesa, escrito en febrero de 1967, no hay en *El hombre unidimensional* ni siquiera una mención de la dinámica económica del capitalismo. Mientras en el ámbito de los estudiosos en economía, marxistas o no, se está desarrollando un vivo debate en torno a cuestiones como la capacidad o incapacidad del capitalismo para evitar crisis y recesiones, el desarrollo desigual entre los dievrsos países y zonas de área capitalista (en particular las tensiones creadas por el subdesarrollo y el neocolonialismo), los posibles efectos de la automación sobre el sistema económico-social, entre otras cuestiones, Marcuse hace abstracción de toda esta problemática. Con lo cual, de hecho, *está extrapolando las condiciones de estabilización relativa de la postguerra*, y está especulando implícitamente sobre el presupuesto de un desarrollo del capitalismo sin contradicciones en la esfera económica, presupuesto que no sólo era arriesgado admitir sin prueba hace unos años, sino que está siendo desmentido por el recrudecimiento de las luchas sociales en esta última decada. (Más adelante se verá que hay en la obra de Marcuse un práctico abandono del materialismo histórico, a pesar de sus afirmaciones en sentido contrario.)

Sobre este telón de fondo se dibuja otra debiildad: la interpretación de las consecuencias sociales de la evolución tecnológica. Marcuse no ve en la nueva tecnología más que *una sola* dimensión liberadora: la progresiva reducción de la cantidad de trabajo necesaria para satisfacer las necesidades vitales. «Por muy justa y racional que pueda ser la organización de la producción material, nunca puede constituir el ámbito de la libertad y de la satisfacción; pero puede liberar tiempo y energía para el libre juego de las facultades humanas fuera del ámbito del trabajo alienado» (4). Sin embargo, las investigaciones marxistas más atentas al fenómeno señalan una transcendencia mucho mayor a la automación. Este es el caso de los trabajos del equipo de investigación checoslovaco dirigido por Radovan Richta (5). Según este equipo, las fuerzas productivas están sufriendo una verdadera revolución, que ellos designan con el término de *revolución científico-técnica.* El problema de si se trata de un mero progreso evolutivo o de una verdadera revolución debe resolverse según ellos no apelando a criterios internos de la técnica, sino a criterios sociales, en particular a *la relación entre el sujeto humano y los medios de trabajo.* Atendiendo a este criterio, resulta claro que la automación representa exactamente una inversión radical de esta relación, lo que Garaudy llama «una nueva subjetividad» (6). El sistema industrial o maquinista, al concentrar los medios de producción y proceder a la introducción de maquinaria en un régimen de división cada vez mayor del trabajo en el seno de la factoría, conduce a la subordinación del trabajador a la máquina. Masas enormes de trabajadores se ven condenados a un trabajo parcelario y empobrecedor, en el que ocupan el puesto de una simple pieza y se ven desprovistos de iniciativa. El trabajo parcelario típico del régimen industrial sólo exige el despliegue de las capacidades más elementales de la fuerza de trabajo humana (gestos mecánicos, esfuerzo físico o psíquico parcelado y reiterativo). La automación, en cambio, expulsa al hombre primero de la producción directa y más tarde incluso del control elemental. La fuerza de trabajo humana se concentra en la fase de ideación de todo el proceso, de preparación, de programación y de supervisión general, es decir, en actividades que reclaman capacidades superiores y que por tanto exigen un personal más culto e intelectualmente más desarrollado. Ya desde hace tiempo se viene constatando que el incremento general de la educación de las masas es una exigencia del aparato productivo mismo. esta tendencia forzosamente se acelerará a medida que con la automatización retroceda el trabajo manual. Actualmente existen ya industrias altamente automatizadas en las que el trabajo manual representa sólo un tercio o menos del total de la mano de obra. ¿Acaso no puede preverse que llegará un día en que la masa de trabajo elemental sea tan exigua que pueda ponerse en manos de una cierta categoría de edad, como se hace hoy con el servicio militar? o está lejano el día en que el trabajo elemental podrá dejar de ser un destino aplastante que gravite sobre la existencia entera de millones de personas. En una situación como ésta, la abolición del secular divorcio entre trabajo manual e intelectual sobrevendría por su propio peso.

Lo que hoy es una posibilidad que asoma únicamente en algunas industrias de vanguardia, será pronto una realidad generalizada. Hace más de un siglo, en pleno culto positivista de los «hechos» en las ciencias sociales, Marx enseñaba ya a no medir todos los hechos por el mismo rasero; enseñaba a distinguir y privilegiar los hechos preñados de futuro en detrimento de los que no eran más que residuos de los tiempos viejos en trance de desaparición. Marcuse, que es muy consciente de este principio metodológico y que arremete contra el positivismo en el plano de la filosofía, resulta ser tributario de la sociología empirista, sobre todo norteamericana, a la hora de valorar los efectos sociales de la automación. Esta es juzgada a la luz de diversos estudios empíricos en los que no hay una distinción analítica clara entre revolución industrial y revolución científico-técnica. Así se atribuyen al régimen de trabajo de las futuras sociedades post-industriales lo que son pricipalmente características del régimen industrial. El «crítico» Marcuse cae en la trampa que él mismo denuncia. El empirismo, expulsado por la puerta de la filosofía, se reintroduce por la ventana de la sociología (7).

La diferencia de enfoque en la cuestión de la revolución tecnológica es fundamental. La justa percep-

---

(3) El subtítulo de *El hombre unidimensional* es, significativamente, «Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada».

(4) *Eros y civilización,* ed. francesa cit., p. 140.

(5) Este equipo ha publicado un primer resultado cuya versión francesa lleva el título de *La civilización au carrefour,* Paris (Anthropos), 1968.

(6) *Pour un modèle français du socialisme,* Paris (NRF), 1968; p. 250.

(7) Es cierto que en *El final de la utopía* se apunta la perspectiva de una valoración diferente de las posibilidades que abre la automación; Marcuse alude incluso a los *Fundamentos de Marx;* pero se trata de una mera insinuación que por lo menos hasta ahora es marginal en el sistema teórico de Marcuse.

(c) Ministerio de Cultura 2005

ción del fenómeno abre perspectivas muy distintas a las de Marcuse. Según éste, la emancipación que permite la automación es meramente *cuantitativa:* la reducción de horas de trabajo. Pero se da también una emancipación *cualitativa,* puesto que el modelo humano exigido por la producción automática es un hombre polivalente, culto y desarrollado. La esfera del trabajo determina aun en gran medida toda la vida del sujeto humano; un trabajo parcelario y embrutecedor, que sólo requiere facultades elementales, produce en general un hombre parcelado, embrutecido y elemental, un sujeto pasivo y maleable, escasamente autónomo. Un trabajo que requiere desarrollo intelectual y formación científica produce otro tipo de hombre.

Es claro que aquí es necesario hacer dos advertencias. 1) La primera advertencia está supuesta en el pensamiento de Marcuse; es la de que *el trabajo cada vez cuenta menos en la determinación de la totalidad de la persona,* puesto que la jornada de trabajo se reduce y tiende a reducirse cada vez más; el ocio ocupa un lugar progresivamente más importante, con lo cual se amplía la esfera de la autocreación humana libre de necesidades materiales; probablemente haya que buscar por ahí la explicación a la importancia teórica creciente atribuida a la estética y al ámbito del *juego* (desde la prehistoria representada por Schiller hasta el propio Marcuse, pasando por Huizinga y otros; en nuestro país, Ortega y Ors); por otra parte, la emancipación respecto al trabajo y por ende respecto a las coerciones materiales hace que los factores intelectuales y morales pesen mucho más que antes en los procesos sociales; de ahí la importancia de las «nuevas necesidades» —según expresión de Marcuse— que es imperativo *crear* entre las nuevas generaciones (como la necesidad de libertad). 2) La segunda advertencia consiste en que el propio desarrollo de la ciencia puede ser fuente de una nueva alienación, la alienación ya denunciada por Ortega con el término «especialismo»; en el campo de la ciencia puede crearse —se ha creado ya— otro tipo humano también parcelado y embrutecido, el del especialista que no conoce más que su pequeño lote de realidad; el desarrollo objetivo de la ciencia hace que este peligro sea inevitable, y que requiera la búsqueda de soluciones reales, como el modelo humano proyectado por Gramsci con su fórmula de «especialista más político», que Lombardo-Radice comenta del siguiente modo: «'Especialista más político' quiere decir hombre capaz, al mismo tiempo, de producir y de comprender el significado de su producir; de desarrollar un trabajo especializado y de ver claramente la estructura general en la que tal trabajo se inserta» (8).

Una vez hechas estas advertencias queda enmarcada en sus verdaderas dimensiones la unilateralidad de la filosofía marcusiana del trabajo, según la cual éste corresponde a la esfera de la necesidad, por oposición al juego, al arte, etc., que corresponden a la esfera de la libertad. (Es cierto que Marcuse distingue entre «trabajo» y «trabajo alienado», en *Eros y civilización,* edición citada, p. 185. Pero en las páginas que siguen es imposible llegar a hacerse una idea clara de lo que pueda ser un trabajo no alienado y a la vez socialmente útil. La única orientación concreta, que se halla en la página 189, dice: «sólo el trabajo alienado puede ser organizado y administrado por una rutina nacional». Automáticamente se plantea la pregunta de cómo puede existir un trabajo socialmente útil y no alienado que no esté socialmente organizado y que deje por lo tanto de identificarse con el mero libre juego *individual* de las facultades. ¿Por qué administración y libertad son incompatibles?) Pero lo que cuenta es ver que *en esta visión de la tecnología moderna y en esta filosofía del trabajo se enraíza el utopismo de Marcuse.* En efecto, puesto que del desarrollo de las fuerzas productivas no cabe esperar más que un acortamiento de las horas de trabajo pero no cambios cualitativos en las condiciones de desarrollo de la personalidad; puesto que además el desarrollo tecnológico permite afinar las técnicas de manipulación del individuo también en la esfera del ocio, que está destinada a ampliarse a consecuencia del progreso; entonces la salvación sólo puede proceder del Acto Moral, de la Voluntad. Esta, encarnada en el Filósofo Crítico, deberá introducir el germen del cambio «desde fuera» de la sociedad. No son las condiciones sociales mismas las que están preñadas de futuro, sino la élite de la cultura, que, en un esfuerzo prometéico, debe asumir la entera tradición humanista del pasado y darle forma material. El arte «verdadero» y la imaginación son elementos de oposición en la medida en que proyectan un mundo de libertad, gratuidad, juego. En suma, el voluntarismo esteticista, intelectualista y utópico de Marcuse, su concepción militante de la filosofía como conciencia negativa y su elitismo, hallan sus raíces en su visión de la sociedad moderna y de la tecnología.

Limitaciones en la concepción del trabajo

En la obra citada del colectivo Richta, que desarrolla en esto tesis presentes ya en los *Fundamentos de la crítica de la economía política* de Marx e incluso en la *ideología alemana,* queda clara la doble distinción analítica siguiente: 1) entre revolución industrial y revolución científico-técnica, y 2) entre la esfera de las fuerzas productivas y las formas de estructura social. Estas distinciones nos ayudan a comprender ciertos fenómenos actuales. La revolución socialista se ha inscrito hasta ahora dentro de los límites de sociedades preindustriales, y ha servido en casi todas partes para impulsar la industrialización. Pero la industrialización se ha caracterizado siempre hasta ahora por la utilización de enormes masas de trabajadores en trabajos generalmente parcelarios y mecánicos; estos trabajadores han sido separados de los centros de iniciativa y decisión, y han sido sometidos, en la esfera de su actividad productiva, a una subordinación alienante a la lógica de la máquina y de la productividad. El capitalismo, con la propiedad privada de los medios de producción, ha sido y es el régimen social que mejor traduce en la esfera de las relaciones sociales esta alienación, que halla su base en el ámbito de la producción material, puesto que reproduce en las relaciones sociales aquella separación entre una gran masa subordinada y una minoría directora (que usurpa sus privilegios en nombre de la propiedad). En los países en los que el socialismo ha tenido como tarea histórica la de arrancar la sociedad del estadio preindustrial, se han paliado algunas de las consecuencias más brutales de esta escisión: se ha asociado a la masa de los trabajadores a la iniciativa social; se ha conseguido evitar la tragedia que para la clase trabajadora supuso la acumulación origi-

(8) «Riforma della scuola», en la revista germano-occidental *Futurum,* nº 6-7, junio-julio 1968.

(c) Ministerio de Cultura 2005

naria, con su secuela de depauperación física y moral, de jornadas ilimitadas de trabajo, de inseguridad, de delincuencia, de explotación despiadada de la mano de obra infantil, de divorcio completo entre las masas trabajadoras y la cultura, de sacrificios sufridos ciegamente. (Procédase a la comparación, poco frecuente, de la industrialización del primer país capitalista, Inglaterra, con la del primer país socialista, la Unión Soviética; y piénsese no sólo en las clases obreras respectivas, sino en el costo general de ambos procesos para la humanidad entera.)

Sin embargo, la separación al parecer inevitable que el industrialismo impone entre decisión y ejecución, entre trabajo manual e intelectual, ha gravitado pesadamente sobre el desarrollo de las sociedades socialistas y es la raíz más profunda de sus degeneraciones burocráticas y jerárquicas. Si el industrialismo constituye el «fondo de civilización» —según expresión de Richta— propia del capitalismo, la automación va a constituir el «fondo de civilización» propio del comunismo. Es históricamente accidental que las estructuras técnico-productivas y las estructuras sociales no se correspondan exactamente. Lo esencial es ver que el capitalismo entra en radical contradicción con la revolución científico-técnica y que, a la inversa, el comunismo —como culminación del proceso emancipador de nuestra época— requiere la base productiva de la automación, es decir, la superación del industrialismo. Precisamente, el inicio de la revolución científico-técnica en Occidente ha sido uno de los factores de rápido crecimiento económico que ha dado provisionalmente al capitalismo una cierta capacidad de resistencia; pero a la larga, la lógica del beneficio privado entra cada vez más en contradicción con la enorme socialización que requieren los medios de producción automatizados, mientras que las instituciones del socialismo, con su economía planificada, se adaptan mucho mejor a ellos. En cuanto a las perspectivas comunistas, sólo en base a la revolución completa de las fuerzas productivas pueden concebirse los grandes principios clásicos a los que frecuentemente se atribuye un carácter utópico e incluso escatológico, tales como la abolición de las clases sociales, la supresión de las diferencias entre trabajo manual e intelectual, la identificación del interés individual con el social, el reparto de los bienes según las necesidades y no según el esfuerzo, la abolición del Estado y de la «política». Esa revolución de los medios de producción se ha iniciado ya hoy, cuando muchos teóricos usan con razón, aunque prematuramente, el término de ««sociedad post-industrial».

No hace falta insistir más en la contradicción que a nivel estructural se da entre capitalismo y automación. Baste con señalar el papel cada vez más importante y complejo del Estado en la vida social, como testimonio targible de que un número creciente de esferas de ésta van escapando al imperio de la propiedad privada y tienen que ser asumidas por el poder público, aunque no sea en interés público. Ahora bien, el agotamiento histórico del capitalismo ya no se manifiesta sólo al nivel de las estructuras económicas, sino también —y esto es lo notable de estos últimos años— al nivel de las sobrestructuras. Si Lenin decía de Rusia, a comienzos de este siglo, que en ella la pequeña producción engendraba capitalismo a cada momento, hoy empieza a poder decirse que la gran producción de los países más adelantados engendra comunismo permanentemente. La rebelión estudiantil es testimonio de ello. Que esta rebelión se exprese en formas muy variadas, a veces pintorescas, e incluso alejadas de las tradiciones marxistas, no desmiente esta afirmación; lo que cuenta es que expresa ciertas aspiraciones que son características de la nueva civilización comunista que está llamada a substituir el actual estado de cosas. La aspiración a la paz, a la democracia, a la colectivización, a la igualdad racial, a las más amplias libertades; la aspiración a la espontaneidad creadora, a la autodeterminación personal frente a los condicionamientos externos, la valoración del goce, etc., son valores nuevos que anuncian esa civilización. Y si esos valores surgen con formas variadas y a menudo sin entronque con las tradiciones revolucionarias clásicas, ¿cómo no pensar que su raíz está en los cambios sufridos por la sociedad misma?

Racionalidad tecnológica y concepto de la ciencia

Lo anterior ayuda a comprender asimismo la ambigüedad con que Marcuse emplea el concepto de «racionalidad tecnológica». Por una parte, todo su pensamiento gira en torno a la idea de que el progreso técnico es decisivo para que se produzca el «cambio cualitativo», la emancipación. Esto es precisamente lo que justifica que podamos hablar hoy de tal emancipación en términos no utópicos. En este sentido no existiría un determinismo de las fuerzas productivas: la tecnología podría estar —como está hoy— al servicio de sociedades represivas, o al servicio de una futura sociedad emancipada no represiva. Por otra parte, en cambio, el concepto de «racionalidad tecnológica» adquiere a veces una autonomía incompatible con la anterior versión. Por ejemplo, cuando se eleva contra la «falsa neutralidad» de la técnica. O también en las frases siguientes: «El nuevo conformismo es el comportamiento social influido por la racionalidad tecnológica» (9); «El sentido general según el cual ha sido aplicada la ciencia *estaba ya prefigurado* en la ciencia pura» (10); «Cuando la técnica se convierte en forma universal de la producción material, circunscribe una cultura entera; proyecta una totalidad histórica, un 'mundo'» (11). Esta oscuridad ha motivado que algún que otro crítico marxista —como los soviéticos I. Zamochkine y N. Motrochilova (12)—, llevado por un exceso de celo y cerrazón sectaria, le haya acusado de converger de hecho con los apologetas de la «burocracia monopolista de Estado» de los EE.UU. que defienden las teorías de la «sociedad industrial», como Rostow. No se trata de esto. La oscuridad del concepto marcusiano de la «racionalidad tecnológica» proviene verosímilmente de su deficiente interpretación del sentido social de la revolución científico-técnica.

El concepto de la tecnología implica, como es lógico, un determinado concepto de la razón científica. Lo característico de este concepto es la separación entre filosifía y ciencia. La filosofía (o «teoría crítica») agota en sí misma el poder de negación que hace falta para liberarse. La filosifía viene a ser esa «razón» que golpea «desde fuera» los muros de la realidad ensajenada. Pero como tal —y ahí radica lo des-

(9) *L'homme unidimensionnel,* Paris (Ed. de Minuit), 1968; p. 109.

(10) *Ibid.,* p. 169; el subrayado es mío.

(11) *Ibid.,* p. 177.

(12) «La "théorie critique» de Herbert Marcuse est-elle vraiment critique ?», in *Sciences sociales aujourd'hui,* publicación de la Academia de ciencias de la URSS, n° 3, 1969.

(c) Ministerio de Cultura 2005

tacable—, la filosifía se opone a la ciencia. «Si la teoría crítica *tiene un carácter no científico*, especulativo, ello deriva del carácter específico de sus conceptos que designan y determinan lo irracional en lo racional, la mixtificación en la realidad». (13) Ciencia supone, pues, objetivismo craso, adaptación funcional y acrítica a la realidad existente. «Eliminando esta experiencia [la de la fuerza negativa], el esfuerzo conceptual por esto mismo deja de mantener la tensión entre el 'ser' y el 'deber ser'. De esta manera se logra que el pensamiento sea objetivo, exacto y científico, pero este pensamiento científico ya no contiene los juicios que condenan la realidad establecida» (14).

Engels daba como uno de los grandes méritos de Marx el haber hecho pasar el socialismo de su forma utópica a una forma científica. *El Capital,* efectivamente, no es filosofía, sino análisis científico-positivo, y sin embargo es también «teoría crítica», pone al descubierto las tendencias «negativas» o subversivas del desarrollo mismo de los procesos de la producción material en el capitalismo. A la luz de esta observación, el divorcio que establece Marcuse entre ciencia y negatividad, entre ciencia y filosofía crítica, supone el alejamiento de la tesis central del marxismo sobre la objetividad de las contradicciones de base que atraviesan el capitalismo, y la idea de que *hoy no hay crítica posible de la base económico-social del capitalismo,* de que ya hoy se trata de un sistema integrado que sólo puede subvertirse «desde fuera», desde la filosofía. Como dice en la Introducción a *El hombre unidimensional,* «lo que da a la crítica este carácter ideológico es que el análisis debe proceder desde el 'exterior' para examinar las tendencias de la sociedad, sean éstas negativas o positivas, productivas o destructoras. La sociedad industrial moderna es la identificación progresiva de estos términos opuestos; hay que ponerlo, pues, todo en cuestión». Esta substantividad atribuida a la filosofía —que Marcuse defiende desde sus escritos de los años treinta (15)— es el último horizonte teórico sobre el que se recorta el abandono marcusiano de los puntales esenciales del método y de la teoría marxistas.

Marcuse y el materialismo histórico

¿Qué relaciones tiene el pensamiento de Marcuse con el materialismo histórico? Las líneas precedentes han tratado de situar en parte este problema. Siguiendo la costumbre revisionista, Marcuse admite la validez de las conclusiones de Marx para su época pero se aparta de ellas para el presente. La interpretación de su revisionismo representa una cuestión interesante.

En *Razón y Revolución* se halla la siguiente formulación del materialismo histórico: «Es evidente que la conciencia de los hombres seguirá siendo determinada por los procesos materiales que reproducen su sociedad, incluso cuando los hombres hayan logrado regular sus relaciones sociales en el sentido de la mayor contribución posible al libre desarrollo de todos. Pero cuando estos procesos materiales se hayan vuelto racionales como resultado del empeño consciente de los hombres, la dependencia ciega de la consciencia con respecto a las condiciones sociales será abolida. La Razón, al ser determinada por unas condiciones sociales racionales, será determinada en cierta manera por sí misma. [...] El principio del materialismo histórico conduce así a su propia negación» (16). Esta tesis, que podría suscribir cualquier marxista, nos da una clave para elucidar algunas cosas. En ella se expresa la diferencia qualitativa entre las sociedades clasistas y la sociedad sin clases respecto a las leyes sociales, tal como fue efectivamente concebida por Marx y Engels. Las sociedades clasistas, prehistoria aún de la humanidad, se rigen todavía por la determinación de los procesos materiales no controlados racionalmente por los seres humanos. La sociedad sin clases, reino de la libertad, no estará sometida a este determinismo.

Ahora bien, a la luz de la anterior fórmula cabe preguntarse cuál es el puesto efectivo que Marcuse atribuye a lo que él llama «sociedad industrial avanzada». Por un lado, esta sociedad no es «la razón determinada por sí misma»; es una sociedad donde la racionalidad de los medios está al servicio de una extrema irracionalidad de los fines. Por otro lado, sin embargo, a juzgar por la obra de Marcuse, éste tampoco la concibe como «determinada por los procesos materiales», puesto que trata de descubrir sus tendencias fundamentales mediante un análisis de las sobrestructuras. (El mismo admite que hay en su pensamiento un deslizamiento hacia lo sobrestructural, cuando dice en la introducción a *El hombre unidimensional:* «puede perecer un procedimiento reaccionario [...] la transferencia de una crítica de la economía política a la filosofía».)

¿Cómo interpretar esta incongruencia? O bien Marcuse abandona en el caso de la «sociedad industrial avanzada» el materialismo histórico, o bien parte del supuesto de que esta sociedad no entra en el esquema dicotómico establecido por la definición citada del materialismo histórico. En tal caso, ¿podría tratarse de un estadio intermedio? Lo interesante aquí no es entrar en una casuística interpretativa, sino darse cuenta de que la mencionada incongruencia es la expresión de una de las paradojas centrales de nuestra época, que puede formularse así: el triunfo del socialismo en los países atrasados y el inicio de la revolución científico-técnica en los países capitalistas más avanzados ha hecho (1-) que las relaciones de producción nuevas, socialistas, no hayan sido capaces de desarrollar plenamente todas las posibilidades históricas que entrañan, y (2-) que las sociedades capitalistas más avanzadas están realizando en ciertos aspectos lo que parecía ser misión histórica del socialismo. Así por ejemplo, estamos viendo como el el marco de relaciones de producción burguesas se obtienen triunfos serios sobre la miseria, la escasez y la inseguridad; como se generalizan la escolarización y la asistencia sanitaria; como las fuerzas productivas, a pesar de que la propiedad privada es siempre una traba, pueden crecer considerablemente e iniciar transformaciones tecnológicas radicales, etc.

No hace falta insistir aquí en el carácter parcial y superficial de tales progresos. Está suficientemente claro en la literatura marxista que esta prosperidad beneficia tan sólo a una pequeña parte del mundo capitalista y depende del subdesarrollo del resto; que incluso en el interior de esta parte privilegiada hay desigualdades, conflictos y distorsiones considera-

(13) *El hombre unidimensional,* ed. francesa cit., p. 212; el subrayado es mío.

(14) *Ibid.,* p. 163.

(15) Véase el volumen publicado por Editions Denoël, *Philosophie et révolution,* Paris 1969.

(16) *Raison et révolution,* Paris (Ed. de Minuit), 1968 p. 368.

(c) Ministerio de Cultura 2005

bles; que estos progresos son, incluso en lo que tienen de positivo, precarios, puesto que el sistema en su conjunto no pone fin al peligro de crisis violentas y de guerras; que la guerra y la perpetuación del peligro nuclear son inherentes al sistema, que tal prosperidad es inseparable del despilfarro y de ciertas deformaciones morales y culturales impuestas por la lógica de la dominación. Pero esto no quita que la *apariencia* de prosperidad y de estabilidad (e incluso de «justicia» y de «democracia») sea un hecho, hecho paradójico y obnubilante que está contribuyendo a obturar las posibilidades de emancipación. En esta imbricación de características progresistas del capitalismo actual con rasgos represivos del socialismo de hoy radica uno de los principales factores de desconcierto teórico en las filas progresistas, abundantemente explotado por la propaganda imperialista. A mi juicio, Marcuse es también víctima de este desconcierto, que le lleva a la incongruencia de afirmar simultáneamente la validez universal del análisis materialista en las sociedades por así decir no racionales y su invalidez en el caso de la muy irracional «sociedad industrial avanzada».

De la crítica social a la antropología especulativa : el concepto de represión

Nunca se acaba de saber, leyendo a Marcuse, a qué realidad se aplica exactamente el término de «sociedad industrial avanzada». De un modo general, circunscribe la realidad de los países capitalistas desarrollados, y especialmente los Estados Unidos como paradigma; pero a veces la sociedad soviética queda incluida en las mismas críticas. Esta ambigüedad se subsume en otra más general: la que caracteriza la noción de «cambio cualitatio». Esta noción, efectivamente, se sitúa en el paso de las sociedades «represivas» a las «no represivas». Marcuse no niega los planteamientos en términos de poder político, ni la necesidad de abolir la propiedad privada; antes bien, afirma que es condición indispensable de la emancipación, habla explicitamente de «socialismo», aunque lo distinga de las sociedades existentes (17); y lo caracteriza del modo siguiente: «al buscar una etiqueta cualquiera que describa la totalidad de las nuevas cualidades de la sociedad socialista, viene espontáneamente a la conciencia, o, al menos, me viene a mí, el concepto de cualidades estético-eróticas». Lo que es evidente es que tales planteamientos no pueden fundar una práctica política. El problema crucial de la lucha de clases y del poder político está ausente; la noción típicamente marxiana de la dictadura del proletariado también. Pero estos conceptos marxistas, rechazados por Marcuse, suponen que hay hoy «represiones» progresistas y «represiones» reaccionarias, cuyo sentido histórico es antagónico. El carácter metafísico y utópico de la dialéctica represión-liberación queda aun más de manifiesto si se observa que su tratamiento en la obra de Marcuse es fundamentalmente antropológico y no sociológico. Por ejemplo, no se usa el concepto sociológico clásico de «abolición del Estado», sino el concepto psicológico-antropológico de «represión. En el prefacio a *Eros y civilización* dice explítitamente: «Este ensayo utiliza categorías psicológicas porque se han convertido en categorías políticas». Con el tema de la represión, Marcuse introduce un elemento importante para la elaboración del proyecto comunista. Según se ha dicho, la psicología ha sido uno de los talones de Aquiles del marxismo, y la recuperación sociológica de Freud está probando su eficacia. Lo criticable en Marcuse es que procede a una verdadera absorción de lo sociólogico por lo psicológico-antropológico.

El nivel de abstracción al que se sitúa la categoría de «represión» impide valorar adecuadamente el papel de los países socialistas y de la lucha revolucionaria en la actualidad. Los países socialistas son colocados en el mismo saco de las sociedades represívas». Se habla de «stajanoismo capitalista o staliniano» (18). Tales fórmulas traducen una concepción abstracta y confusa de un hecho real y trágico: que mientras exista un sistema capitalista y mientras éste sea el más poderoso económica y militarmente, los países socialistas se han de ver en en una u otra medida implicados en su lógica represiva del aumento de la productividad gravitará con urgencia sobre los países socialistas; éstos deberán sacrificar la satisfacción inmediata de sus necesidades a la rápida industrialización y al armamento. Reconocer esto no equivale a absolver todo cuanto ocurre en estos países, ni a ignorar que hay factores subjetivos e ideológicos que se enraizan en situaciones objetivas y que se han convertido en un freno para el desarrollo socialista de estos países. La interdependencia de los sistemas es una realidad con la que hay que contar (y que actúa también en sentido inverso: ciertos progresos del mundo capitalista han sido impulsados por el desafío social del campo socialista). En 1931 Stalin decía: o creamos en diez años una base económica y militar, o nos aplastan; y acertó con una exactitud matemática —a pesar de lo cual la URSS tuvo que encajar 25 millones de muertos por la agresión imperialista nazi. Las condiciones han cambiado, pero este solo hecho es bastante expresivo de los problemas que provoca la coexistencia —pacífica o no— de ambos sistemas en un mundo no liberado de la penuria material. La condena global de las sociedades represivas sólo nos dice que ninguno de los dos sistemas ha conseguido la emancipación definitiva, independientemente de sus diferencias estructurales. Pero los problemas estratégicos siguen pendientes: ¿qué evolución puede esperarse de los actuales países capitalistas y socialistas? ¿qué papel pueden desempeñar unos y otros en el proceso hacia las sociedades no represivas? ¿cómo debe plantearse el problema de la violencia, de la dictadura del proletariado, de la «represión» progresista?

Algunas conclusiones

Algunos críticos le han reprochado a Marcuse su pérdida de confianza en la capacidad revolucionaria de la clase obrera. En realidad, creo que lo criticable en Marcuse no son algunos de sus resultados, sino el método mismo de su análisis, que en estas líneas he tratado de desentrañar. Porque algunos resultados pueden resultar quizás certeros. como el de la incapacidad revolucionaria de la clase obrera en los Estados Unidos. Aun si esto resultara confirmado por los hechos, no invalidaría la tesis general sobre el papel de la clase obrera internacional en la lucha por el socialismo (sin olvidar el fenómeno fundamental de la proletarización de nuevas capas de trabajadores no manuales, que da un contenido nuevo al término «clase obrera»). El hecho de que la revolución burguesa en el Japón fuera obra de la nobleza feudal bajo la iniciati-

(17) *El final de la utopía,* Barcelona (Ariel), 1968; p. 16.

(18) *Eros y civilización,* ed. francesa cit. p. 140.

(c) Ministerio de Cultura 2005

va imperial y bajo la presión estadounidense, tampoco invalida la tesis general sobre el papel de la burguesía en la destrucción del feudalismo.

Sería una mezquindad olvidar ante ciertas fórmulas sorprendentes de Marcuse su sana voluntad provocadora. De acuerdo con su intensa vivencia de la capacidad integrativa del sistema, Marcuse emplea adrede fórmulas chocantes que sacudan los hábitos rutinarios del pensamiento. Al contrario, hay que agradecer a Marcuse su agresividad dialéctica, que es inseparable de su audacia imaginativa; también el estilo literario es práctica social.

En cuanto a su utopismo, no hay que quedarse sólo con el lado malo que siempre tiene, a saber, el olvido de la modesta importancia de los medios. También tiene un lado bueno: la prefiguración creadora de futuro. Estamos hoy ante una auténtica encrucijada histórica, encarados con peligros tan graves como la bomba y el subdesarrollo; en el umbral de una revolución tecnológica sin precedentes, debemos afrontar el peligro de que esta revolución en las fuerzas productivas, en lugar de resolver los viejos problemas, los lleve a la exasperación, multiplicando los elementos de crisis, ahondando el abismo que separa los países subdesarrollados de los otros. Ante esta encrucijada, ¿qué papel juega el socialismo? Si bien es cierto que ha arrancado al dominio capitalista a un tercio de la humanidad, también es verdad que el socialismo ha dejado de ser una mera ilusión que resumía las ansias de liberación de buena parte de la humanidad, para convertirse en una realidad política, con su activo y su pasivo, con sus contradicciones internas, con su transformación en ideología de varios estados. De ahí la importancia que tiene el recuperar para la idea del socialismo todo lo que prefigura de civilización superior. La utopía no puede bastar, porque no se trata de transformar la realidad sólo en nuestros sueños; pero la utopía ha sido siempre un instrumento conspicuo de autoeducación, precisamente por su «transitividad», porque nos arranca del poder de lo establecido y proyecta nuestra imaginación hacia las posibilidades encubiertas pero presentes en el mundo de hoy.

Marcuse es un escritor importante sobre todo en la medida en que está recuperando y enriqueciendo el sentido emancipador de la idea socialista. Su pensamiento no es sólo eco de una decepción sino también portador de ilusiones nuevas. No quiero con esto infravalorar los elementos interpretativos que ha aportado para la comprensión de la sobreestructura de la sociedad moderna. Pero creo que en lo esencial es justa la apreciación de Maximilien Rubel a propósito de *El hombre unidimensional:* «La obra de Herbert Marcuse está enteramente sumida en la utopía y propaga la visión de la sociedad liberada de la necesidad material y de la coerción moral. En ello reside su valor educativo, que es mucho más importante que su alcance en cuanto "teoría crítica"« (19).

En efecto, si una teoría crítica es una teoría consciente de sus propios presupuestos, habrá que concluir que la teoría social de Marcuse deja mucho que desear en este aspecto, puesto que, aunque apunta frecuentemente a cuestiones centrales de esta época, lo hace a menudo sin una concepción clara de sus propios supuestos, por lo menos sociológicos.

Joaquim SEMPERE

(19) Reseña sobre *El hombre unidimensional* en *Cahiers Internationaux de Sociologie,* vol. XLVI, 1969; p. 181-3.

ANOTACIONES A UNA POLEMICA SOBRE LITERATURA

Andrés SOREL

I.
Introducción

La polémica, ha estallado en el año 69, apenas levantado el Estado de Excepción impuesto por dos meses en España. Toda polémica, creo, es buena, en cuanto contribuye a remover las estancadas aguas de una sociedad represiva y ayuna de desarrollo ideológico como la nuestra. Y en los momentos actuales, tiene una mayor posibilidad de ser al coincidir con un desarrollo explosivo de las ideas marxistas —para aceptarlas o combatirlas y pese a la fuerte represión censorial— en nuestro pais, donde libros, conferencias, artículos, etc, le tienen —al marxismo—, como eje y centro de los mismos.

Cuando un seudofilósofo, intenta pontificar sobre «el ocaso de las ideologias» explosiona en el mundo entero el grito de la necesaria profundización y desarrollo de las ideologias, en momentos que fenomenizan la violenta contestación revolucionaria desde dentro de las llamadas sociedades occidentales, con incorporación de millones de jóvenes y nuevas capas sociales desenganchadas a la burguesía misma a la lucha precisamente contra el desarrollo de una sociedad herida a muerte en sus principios fundamentales, «contestación» que situa en primer plano la formación de una conciencia antiimperialista rechazante de la violencia reaccionaria impuesta por el imperialismo norteamericano cada mañana a los pueblos todos del mundo. Y catártico tambien el fenómeno de una aguda crisis, desconocida en sus planteamientos y motivaciones por la sociedad mundial: Checoslovaquia: una diferente vía al socialismo, problemática y compleja como todo lo que ha de ser renovador, búsqueda hacia una nueva sociedad que conjugue el desarrollo económico de la necesidad humana con el de la libertad y participación del pueblo entero en el mismo, que encuentra como repuesta el aplastamiento represivo impuesto por viejas concepciones centralizadoras y dominantes que creéamos superados tras el XX Congreso del PCUS.

Momento este en que la literatura, al ser puesta en la revulsión conceptiva, arrastra tras de si una violenta discusión desusada en nuestras forzadamente tranquilas latitudes. Las tendenciosas y malintencionadas intervenciones llevadas por algún que otro resentido más que «contestatario» —equivalente este turista literario al turista de las barricadas dogmatizante del mayo francés—, no resta valor e importancia a la misma.

(c) Ministerio de Cultura 2005

II.

Generación crítica

Ha sido sin duda, el centro del problema debatido, aunque sus más caracterizados y atacados representantes, hayan guardado silencio —unos por encontrarse fuera de España, otros quizá, porque pensaron no gozar de las suficientes garantias que les permitieran exponer en profundidad cuales eran las raices de sus pensamientos. Es por ello el punto clave que a la vez que nos permite situarnos dentro del número de *Cuadernos para el Diálogo* dedicado a literatura, y de los artículos del *Informaciones Literario,* nos ayuda también a comprender algo de lo que han sido 30 años de vida (?) literaria en nuestro país.

El movimiento literario que surge en los años 50 —son los años que van a terminar con la autarquía, a situar a masas obreras y estudiantiles en la calle (fenómeno no previsible para muchos como posible en un Régimen fascista), a iniciar una segunda etapa de la vida política en España que presupondrá la importante evolución de los años 60, ya la guerra fría en su cumbre y los Estados Unidos de América apoyando al Régimen—, el movimiento que se conoce pues con los nombres de generación realista o del medio siglo, es positivo y renovador, a mi modo de ver, en cuanto intenta «superar» las condiciones de la sociedad presente desde la dialéctica de una concepción del mundo superior a la existente. Ha pasado la época del individualismo: se derrumbó la sociedad burguesa que posibilitaba el héroe —hablamos de Europa. Lejanas ya la primera guerra mundial, acentuadas la sociedad de consumo, de los trust y monopolios, que colectivizarán en la novela el personaje, buscando después la ausencia del tema... En Occidente, el proletariado no es el pilar de una nueva cultura, sino cosificado en muchos estratos, se integra en cierta manera a la sociedad del consumo y explota ventajas inimaginadas por Marx y relacionadas con el neocolonialismo imperialista. Pero, ¿y España? Aquí el héroe, el personaje, es la situación social, o el despertar de la colectividad como personaje: *La Mina y El Jarama.* En todo caso, queda en la época marcada la relación entre la obra literaria y la conciencia colectiva del grupo social en cuyo interior ha nacido, como define gran parte de la moderna sociología literaria.

Analizar la obra de los años 50, presupone, bien sea en simples lineamientos, hurgar en el trauma sufrido por la cultura española tras el 39: la guerra significa la destrucción de un camino revolucionario y la muerte o el exilio de la cultura: Lorca, Machado, Hernandez, Alberti, Max Aub, Cernuda, Sender, Picasso, Rodolfo Halffter, Buñuel... La ideología totalitaria rompe con el pasado, aisla del exterior e impone una rígida censura, controla todo tipo de actividad cultural, desde la enseñanza a la política editorial, de las conferencias a las actividades públicas. Son tiempos de asfixia... Aun en 1956, se prohibirá el Congreso de Escritores Universitarios. Aún en 1969, se cerrarán varias editoriales por no considerarlas suficientemente «domesticadas» y el que suscribe estas líneas no habrá podido publicar una sola novela en su país, todas prohibidas por orden ministerial.

Las limitaciones de la obra del medio siglo, vienen dadas por las propias condiciones objetivas en que surge, y qe sería preciso analizar en profundidad: eclosión de unos supuestos valores espirituales, esclerosis de la cultura dominante, autoritarismo censorial que inutilizaba no ya la propia creación literaria, sino el reflejo de todo el pensamiento y la obra que se daba en el mundo de la postguerra, enseñanza irracionalista, ausencia o pobreza de la crítica... Muertos o exilados nuestros mejores creadores, cerradas nuestras fronteras, se luchaba por pervivir, por salir a la luz, en medio de una épica de la miseria que era el reflejo de la conciencia colectiva de un país inmerso de una absoluta tragedia... Moría el mundo de una idealizada España, subjetivizada y lejana: *Crónica del Alba,* de Sender; echaba a andar una nueva juventud que quería coordinarse al tiempo ya tímidamente reflejado de otras latitudes: *El Jarama,* de Sanchez Ferlosio; se hacía un balance intelectualcrítico de toda una época que era preciso enterrar a la luz de nuevas concepciones científicas y análisis más rigurosos: *Tiempo de Silencio, de* Martín Santos... En poesía, Blas de Otero pugnaba por conectar la lírica de Machado fragmentada en los continuadores arrojados a diersos países del mundo, con la concreta circunstancia de un radicar aquí y expresarse en consonancia con «esto». El teatro era naturalmente el género más sujeto a mediatizaciones, en el que la crisis se agudizaría de forma más palpable.

III.

Creación artística : necesidad crítica

La acumulación de poder, y la fuerza transcendente de los medios de comunicación de masas, han revulsionado completamente la pregunta de ¿a quién va destinada la creación artística?. El condicionante natural de la misma, su dependencia a trusts y organismos poderosos, neocolonialistas e imperialistas, deja al creador más indefensa que en el pasado ante la factivilidad y alcance de la obra. La sociedad actual está en condiciones de «absorber» cualquier creación cultural: la cultura no puede transformar ninguna sociedad, ni desarrollarse bajo unos presupuestos libres en una sociedad represiva.

Dos ejemplos: una editorial española, Seix Barral, que inicia en los finales del 50 una interesante labor publicando autores considerados de vanguardia en España y en el extranjero, convirtiéndose sin duda en la más progresiva e interesante de nuestras editoriales y «desarrollándose», creciendo, gracias, precisamente, a esta «política». Hoy día, podemos preguntarnos: ¿hasta que punto no está condicionada al «medio ambiente», a los intereses de un determinado mercado. integrada a la cultura represiva?.

Y un escritor norteamericano: Henri Miller, uno de los mejores novelistas de nuestro tiempo. ¿Donde la efectividad de su grito, de su revulsión, que queda asimilada a la liberación sexual, la más fácil y asimilable de las liberaciones, propugnada inclusive por la sociedad capitalista, que oculta el verdadero problema de la liberación y realización del hombre, y de los pueblos neocolonizados, económica, política y culturalmente, imperializados de nuestro tiempo?.

Gramsci creía imposible separar la filosofía de la política, y ser la elección de la concepción del mundo, un acto a su vez político. Escribe: «*Que una masa de hombres sea llevada a pensar, coherentemente y en forma unitaria la realidad presente, es un hecho filosófico mucho más importante y «original» que el hallazgo por parte de un «genio filosófico» de una verdad que sea patrimonio de pequeños grupos de intelectuales».*

Y no son estas palabras degradantes para el concepto de la pureza en el arte, de la profundiza-

(c) Ministerio de Cultura 2005

ción en la filosofía, sino, auténticamente reveladoras de la importancia que la colectivización de medios, plasmaciones artísticas, investigaciones científicas o culturales tienen en una época que supera los viejos individualismos, y busca, en sus propios nuevos fundamentos de creación artística, el trabajo en equipo. Cine y televisión son sin duda hoy los más «ambitados» medios de expresión cultural y artística. Su dependencia a la política estatal, es innegable, tanto en el capitalismo como en el socialismo. En ambos, es preciso reivindicar la libertad creacional, y la posibilidad responsabilizadora de sus equipos realizadores. Si en el socialismo no se ha logrado hasta el presente, se debe a errores y deficiencias planificativas y asunción por burócratas del partido de labores no específicamente suyas, no a intereses que choquen «per se» contra el sistema, lo que es innegable al capitalismo que busca hacer de ellos vehículos plasmadores del estatuto impuesto por una minoría que detenta el poder, en favor de sus intereses propios y de la filosofía que les «posibilita» y en contra de las masas y de los pueblos colonizados a los que se bombardea con una mística consumista que choca incluso con el retraso o subdesarrollo de dichas sociedades, asumidoras en cambio de formas y reflejos de dicha ideología, lo que contribuye por otra parte a desorientar a muchas cabezas pensantes de dichos pueblos.

La cultura española se ve ella también impregnada de esta ideología reaccionaria y vertida a través del neocolonialismo cultural. Pero es que ella no puede desligarse de los fundamentos estructurales que la condicionan: sería una aberración imaginar una «revolución cultural» posible en una sociedad neofascista o inclusive simplemente capitalista. Lo más que se puede, es asumir su papel catártico, de intentar destruir los fundamentos con que se pretende apuntar «ideológicamente» dicha sociedad, y sentar las bases para una vez lograda la revolución social, contribuir a la *«reconstrucción completa y radical de la sociedad»*. No es sólo la cultura española la que está en crisis, no es solamente en Occidente donde nos debatimos en un difícil punto muerto: es quizá la civilización mundial quien se siente víctima de prejuicios oscurantistas, de mitos y fuerzas reaccionarias, de coacciones y clichés restrictivos que impiden al creador el verdadero flujo entre su mundo interior, su vivencia personal y la encarnación del mismo en una sociedad dada que busca a su vez una sociedad nueva, creadora de una nueva cultura, de un nuevo hombre. Que se da primeramente en el propio compromiso del creador con su tiempo: importa menos su «oficio» como «intelectual» en una sociedad determinada, que su proyección ideológica en dicha sociedad, su alianza a las fuerzas revolucionarias, vengan ellas de donde vengan, de la misma.

Es preciso también en nuestro país, destruir los mitos: volver los ojos a la realidad actual, enterrar el cadaver de la España mística, de la España noventayochentista, la España de la preguerra civil, la España del predominio latifundista: vivimos la era atómica y el fenómeno de la ideología neocapitalista en un país que cuenta 20 millones de turistas y una renta per cápita inferior a la del Mercado Común, pero al que se dinamita día a día con el espejo del neocapitalismo. Y dentro de este proceso, comprender que si en la creación artística es necesaria la libertad imaginativa que presupone la independencia-liberación de la misma, en la función y posibilidad de ser del arte, se necesita una estrecha vinculación al proceso revolucionario, sino quiere perecer con el resto de la sociedad contemporánea capitalista.

IV.

Por una cultura de la praxis

Apuntábamos como una cultura de la praxis debe ser una superación del mundo cultural precedente y también del mundo cultural existente. La literatura no es un hecho aislado en una sociedad determinada: forma parte de dicha cultura y se enraiza en la circunstancia y tiempo que la entorna. Circunstancia y tiempo que han sido olvidados por la mayor parte de quienes han escrito sobre estos 30 años de literatura en España, y sobre todo de quienes han atacado sañudamente a la llamada generación realista, al parecer como única culpable del subdesarrollo cultural de nuestro país.

Si la catarsis gramsciana es el paso de la necesidad a la libertad, y para Marcuse la realización de la utopía de nuestro tiempo será la instauración del reino de la libertad en la necesidad, para nosotros, plantearnos olímpicamente el problema de la perfección creacional estética, en un estadio primario del desarrollo de nuestra sociedad, es decir, cuando lejos de acometer la lucha por la libertad del hombre hemos de esforzarnos más por hacerle a éste asumir cual es su responsabilidad y compromiso ante la NECESIDAD de la que es víctima, me parece no ya una entelequia, sino un servicio, un juego a la más terrible reacción, sino se trata de una simple *boutade* digna de tener la misma resonancia que la última canción de Raphael, pero sin público.

Sin asimilar completamente el drama de nuestro tiempo, el drama de la descolonización, del desgarramiento de nacientes repúblicas ensangrentadas por el más voraz de los imperialismos existentes, del rechazo de la violencia reaccionaria impuesta cada día sobre los hombres y los pueblos, de la necesidad de violentar revolucionariamente todas las estructuras económicas, políticas y culturales vigentes en nuestro tiempo, dificilmente podrá el artista asumir el papel de contribuir a la construcción de una sociedad desrepresaliarizada, igualitaria y auténticamente socialista.

En cuanto a la crítica que en un entorno putrefacto y descompuesto, llamado a desaparecer, olvida su radicación en el mismo, y marginándose de este terrible condicionante hace equilibrios en torno a una «pureza» que es asesinada en el despertar reaccionario de cada mañana, dificilmente puede a su vez servir para otra cosa, que para salvar las barreras impuestas a un periódico o revista por quienes niegan y silencian, precisamente, la posibilidad existente de la crítica.

En este sentido, la polémica desarrollada últimamente en España, con las limitaciones y en la forma en que se ha llevado, me recuerda que algo huele a podrido no sólo en nuestras estructuras culturales, sino en quienes en virtud de no se que compromiso y realización, se consideran los «contestatarios de nuestra sociedad».

(c) Ministerio de Cultura 2005

CRITICA DE LIBROS

REVOLUCION CULTURAL CHINA

THE CULTURAL REVOLUTION IN CHINA
por Joan ROBINSON
Penguin Books 1969 - 151 págs.

El desarrollo de la revolución socialista en la China de los últimos años, y en particular la revolución cultural (en adelante se designará por las siglas RC), sigue siendo en Occidente bajo muchos aspectos un enigma. Por eso es de agradecer cualquier trabajo que ayude a su comprensión. El libro de la conocida profesora marxista de Economía de Cambridge, Joan Robinson, contribuye modestamente a esta tarea. Es el resultado de una reciente visita de su autora a la República Popular de China. Su estructura misma revela su falta de pretensiones: de las cuatro partes en que se divide tres son documentales y una sola —la Introducción— interpretativa. La parte documental se compone de una narración cronológica de la RC por algunos de sus participantes de la ciudad de Shangai, de documentos relevantes y de conversaciones e informes varios recogidos en centros de trabajo y de enseñanza de Shangai y Pekín. También es prueba de su falta de pretensiones la ausencia de una verdadera interpretacioón de fondo de la RC: la obra es ante todo una descripción relativamente atenida a los hechos y a las declaraciones de los protagonistas. J. Robinson intenta una aproximación a la realidad «desde dentro», dejando hablar a los propios chinos —aunque de hecho sólo tienen la palabra los partidarios de Mao.

En las primeras páginas la autora recoge la principal teorización china sobre la RC, según la cual la revolución en la propiedad de los medios de producción no produce un cambio automático en las superestructuras, las cuales siguen arrastrando importantes residuos de la sociedad de clases, residuos que, de no ser eliminados, pueden provocar un retroceso hacia el capitalismo. Su eliminación es precisamente una segunda revolución, tan necesaria como la primera: la Revolución Cultural Proletaria. La necesidad de combatir a nivel ideológico los residuos de la vieja sociedad ha sido teórica y prácticamente reconocida por las revoluciones socialistas anteriores, aunque sea con menos énfasis; no radica en esto la originalidad de la RC china. En cuanto a la segunda parte de la tesis, es de notar que los chinos comparten con los soviéticos la idea de la posibilidad de un paso evolutivo del socialismo al capitalismo en virtud de factores superestructurales. La propia J. Robinson, en las escasas ocasiones en que se permite dar interpretaciones propias, no tiene en cuenta estas teorizaciones chinas; su versión más global del fenómeno es la siguiente: «Para el historiador del futuro aparecerá (la RC) como el primer ejemplo de un nuevo tipo de lucha de clases, una rebelión del nuevo proletariado de trabajadores de las empresas socialistas y de campesinos convertidos en miembros de comunas contra la nueva clase incipiente de los hombres de la organización del partido comunista» (p. 28). Esta versión de la autora, en la que coincide con algunos de los partidarios del comunismo chino, es discutible por varias razones. Por una parte, cabe perguntarse si existía en la República Popular de China una burocracia del partido suficientemente cristalizada en casta aparte como para que pueda hablarse de lucha contra ella —y menos aun de «nuevo tipo de lucha de clases». Lo que sí parecía constituir un problema era la presencia de muchos miembros de las antiguas clases dominantes en puestos importantes, sobre todo a causa de sus mejores condiciones desde el punto de vista científico, técnico y cultural. No debe olvidarse que en China, a diferencia de Rusia donde la emigración intelectual fue masiva, las minorías privilegiadas de la sociedad prerevolucionaria aceptaron el nuevo régimen y aportaron una importante contribución científico-cultural. De ahí que la RC tuviera al comienzo mucha importancia en las universidades.

Pero además otros rasgos de la RC parecen tener mucho más peso. Vamos a ver cuáles son a la luz de las informaciones que suministra la propia J. Robinson.

Lo que aparece a primera vista en la RC es una lucha de tendencias: la lucha entre la tendencia encabezada por Mao y la tendencia «derechista» encabezada por Liu Shao-chi. Naturalmente, lo que importa no es la lucha de tendencias en sí, sino **qué representa cada una de las tendencias en pugna.** Los derechistas son caracterizados en la obra de J. Robinson por su aceptación del burocratismo y de la jerarquización social, por su apoyo a los estímulos económicos, por su preocupación primordial por la productividad material. Todo lo cual es resumido del siguiente modo: «las autoridades del Partido que tomaban la vía capitalista, a los que podemos llamar derechistas para mayor brevedad, eran acusados de imitar el modelo soviético» (págs. 13-14). La tendencia maoísta es caracterizada por su igualitarismo y su valoración del factor hombre. Cabe suponer que, sometidos al doble imperativo de la defensa y del desarrollo industrial, los maoístas consideran que la mejor potencialidad de la China reside en su capital humano y que por lo tanto, para asegurar la defensa y el desarrollo, lo fundamental es contar con masas humanas convenientemente dispuestas a cualquier esfuerzo. Lo que importa no es tener un aparato administrativo y policíaco capaz de encuadrar a todo el pueblo, sino unas masas imbuídas de alta energía política y moral. De ahí el igualitarismo antiburocrático, la acentuación de los factores morales, el proceso de excitación y soliviantamiento político e ideológico que ha representado para todo el pueblo chino la RC. Joan Robinson hace notar varios aspectos interesantes de este proceso: la RC habrá permitido un «depuración» mucho más masiva que si se hugiera procedido por vías administrativas; la RC saca su máxima eficacia del hecho de haberse planteado no como mera campaña propagandística sino como auténtica «lucha» o «revolución» que exige una participación mucho más activa de la gente y que da como resultado una penetración mucho más rápida y profunda de las ideas políticas que están en juego (desde hace tiempo es sabido que la práctica enseña mucho más y más deprisa que la mera palabra). Otro de los rasgos destacados por la autora, y de los más importantes, es el papel de la juventud en la RC: ésta habrá servido para politizar a nuevas generaciones que no vivieron la época prerevolucionaria, para darles una adhesión al régimen nueva y entusiasta, para reforzar su espíritu de entrega al pueblo y a la revolución y para sembrar más profundamente una moral del esfuerzo y del sacrificio.

Joan Robinson señala con razón cuan desconcertante es que un hombre de gobierno en el poder proclame ante su propio pueblo que «la rebelión está justificada». Pero esta rebelión se hacía en el interior de un marco sólido que no se ponía en cuestión; el papel dirigente del partido comunista y del pensamiento de Mao Tsé-tung no han dejado nunca de ser principios inviolables. La rebelión ponía en tela de juicio ciertas prácticas, ciertas tendencias y ciertos hombres; permitía una renovación de cuadros; permitía una mayor exaltación política, ideológica y moral. Ahora bien, simultáneamente reforzaba el papel dirigente del partido comunista y del grupo y de las ideas de Mao. La RC ha servido para homogeneizar el Partido y el pueblo en torno a Mao y para batir toda veleidad de inspirarse en el «modelo soviético» de desarrollo

(c) Ministerio de Cultura 2005

socialista. Es notable que este reforzamiento de la unidad en torno a Mao y del culto a su personalidad (y a su pensamiento, para asegurar la continuidad después de su muerte) y esta depuración de elementos «sovietizantes» se haya hecho con relativamente poca violencia y sin procedimientos administrativo-policíacos, a diferencia de lo que hizo Stalin en la URSS, y con un esfuerzo de «recuperación» de cuadros. De los datos de J. Robinson se desprende otra diferencia notable con respecto a la URSS: si el stalinismo mitificó la unidad y disciplina del partido, concibiendo a éste como institución especial separada de las masas, en China lo que se está mitificando es el pensamiento de Mao pero no al partido como organización; al revés, cuando se ha creído conveniente se ha destruido el viejo aparato con la embestida de nuevos grupos de jóvenes, politizados o no, procedentes del ejército y de todos los sectores de las masas populares; para los dirigentes maoístas en suma, la relación entre partido y masas es más flexible y fluída.

Según Joan Robinson, la agitación creada por la RC no ha tenido efectos negativos en la producción económica. Hubo en algunas partes desórdenes que provocaron pérdidas, pero la energía moral desatada por la RC contrarrestó en parte estas pérdidas. Así es como resume la situación «Cualesquiera que hayan sido las perturbaciones que haya habido durante la RC, el desarrollo económico parece haber proseguido. Se anuncia que la cosecha de 1968 vuelve a ser buena; en algunas industrias ha habido retrocesos debido a las perturbaciones, pero en muchos se proclama que ha habido nuevos avances técnicos, que la producción ha aumentado, y que se han producido economías en los costos y mejoras en la calidad gracias a la simplificación de la organización y a la elevada moral introducida por la RC en las fábricas. Los comerciantes occidentales que asisten a la feria comercial de Cantón dicen que las condiciones son normales desde su punto de vista» (p. 149).

En el ejército, la abolición de la jerarquía de los mandos no ha tenido efectos negativos sobre la disciplina, que, según la autora, sigue siendo excelente. La política militar de Mao y Lin Piao ha acentuado así su concepción de un ejército popular moviéndose «como pez en el agua» en medio de la población civil y capaz de articular una resistencia guerrillera muy descentralizada frente a eventuales agresiones.

El librito de Joan Robinson, breve contribución básicamente documental, adolece de algunos defectos serios. En pirmer lugar, no se plantea siquiera la problemática del desarrollo económico que hay por debajo de la RC. ¿Cuál es el modelo de industrialización y de acumulación socialista originaria? ¿Cuáles son las relaciones entre los diversos sectores económicos? etc. La cuestión de las clases sociales es tratada por consiguiente de un modo completamente abstracto, igual que en los documentos oficiales chinos. Para un teórico marxista, se trata de una seria deficiencia. En segundo lugar, no se trata casi en absoluto del conflicto chino-soviético, que es, a juzgar por todos los indicios disponibles, un factor importante de la situación interior china. La misma J. Robinson dice que los «derechistas» eran acusados de «imitar el modelo soviético». Su liquidación poltica debe necesariamente tener relación con la ruptura chino-soviética.

Podrían sañalarse aún otras limitaciones a esta obra. Sin embargo, en el actual estado de información sobre China está claro que es prematura cualquier apreciación crítica que pretenda ser global y definitiva. De ahí el interés que tiene cualquier aportación documental e informativa, aunque incompleta.

Joaquin SEMPERE

SOBRE LAS "REFORMAS ECONOMICAS" SOCIALISTAS

IL FUNZIONAMENTO DELL'ECONOMIA SOCIALISTA

por W. BRUS

(ed. Feltrinelli, 1965)

La publicación de esta otra de un economista polaco, en italiano (ed. Feltrinelli, 1965) y en francés (Ediciones Maspero, 1969) nos permite hacer la recensión de un trabajo relevante por toda una serie de razones. Una reflexión y análisis de los diferentes modelos ensayados hasta hoy en la planificación socialista es, de por sí, interesante, pero mucho más cuando se produce en un contexto político como el de los últimos años.

Cuando se concretizaron las tendencias hacia una reforma en los métodos de planificación, hacia un nuevo «modelo» en el que se aliaban la descentralización de las decisiones y la utilización de mecanismos de mercado y de criterios de rentabilidad como palancas subsidiarias del plan, se produjeron resistencias. Tanto en la URSS donde empezó a ensayarse el «nuevo curso», como en las democracias populares, afloraron dudas y críticas acerca de la viabilidad y legitimidad de la experiencia, llegando algunos a pensar que en el nuevo modelo, se ponían en causa algunos de los elementos básicos de la gestión socialista. Pasamos por alto, como insignificantes por su carácter puramente propagandístico y su bajo nivel teórico —si tenían alguno—, los escritos de las publicaciones burguesas que comentaban con regodeo miope y torpe la resurrección, la rehabilitación del beneficio, y que saludaban, con cinismo, la pretendida defunción de las tentativas por liberar a la humanidad de una realidad, tan altamente ética, como lo es el beneficio.

Fue en los países directamente interesados donde se dieron las más serias y profundas polémicas en torno a la cuestión. Una de las más serias reseñas publicadas a este erspecto fue la aparecida en la revista francesa «Démocratie Nouvelle», en el número dedicado a los problemas actuales de la URSS, en 1967.

Allí se analizaban los elementos positivos de la reforma económica, pero se aludía también a las dudas que seguían surgiendo.

Si esto acaecía en los países interesados, hay que decir que en el seno del movimiento comunista internacional, por parte de algunos de sus sectores, la cuestión fue instrumentalizada, falseada. y se convirtió en base de apoyo de una tesis: la de que en la URSS y las democracias populares europeas se había abierto paso un proceso tendente a la «restauración pacífica del capitalismo». No hay por qué decir que semejantes afirmaciones se hacían sin análisis alguno de los problemas, en medio de equívocos y confusiones.

En plena polémica, contestando a las numerosas objecciones que surgían, aparecieron los trabajos de Liberman, Trapeznikov, Leontiev, teorizadores de la reforma. Pero esos estudios no trataban la cuestión en toda su profundidad y generalidad teóricas suficientes, limitándose, en los más de los casos, a exponer aspectos parciales de la misma.

El valor de la obra de Brus radica en eso, en que por vez primera y de manera riguorsa se examinan el qué y el por qué, no sólo del modelo descentralizado, sino también del centralizado, contraponiéndolos, analizando sus logros y sus insuficiencias, así como su carácter históricamente condicionado. En el libro que reseñamos se parte de que es necesario «establecer una distinción entre las **relaciones de producción** y el tipo de **mecanismo de funcionamiento** de la economía», o lo que es lo mismo: que en el cuadro general de una formación social socialista existen posibilidades para diferentes modelos de gestión.

Las relaciones de producción quedan definidas por: a) las formas de propiedad; b) la consiguiente posición de los grupos sociales en la producción; c) las formas de distribución. En un sistema socialista ésas son, respectivamente: a) colectivas; b) de cooperación, no de explotación; c) conduciendo a una distribución según criterios de trabajo o sociales, no conforme a la dinámica del proceso privado de los medios de producción. Por eso pueden concebirse varios métodos o modelos de gestión económica, de organización de la propiedad colectiva, y de las decisiones del Plan; varias formas, tam-

(c) Ministerio de Cultura 2005

bién, de participación de los trabajadores; diversos principios en la confirmación de las relaciones entre empresas; diferentes incentivos económicos.

Modelos diversos que se justifican porque, en el cuadro de las relaciones de producción socialistas «entran en juego elementos secundarios... ligados a uno u otro aspecto de la organización de los procesos económicos». Son esos aspectos secundarios los que dan lugar a la adopción de los modelos.

Este análisis detallado y preciso del problema es prácticamente imposible en el cuadro de una concepción dogmática y simplista, que equipara relaciones de producción socialista y gestión centralizada. Es claro que en dicha concepción influyen no sólo el peso de la historia —dicho modelo ha sido el aplicado durante más de cuarenta años— sino también las previsiones teóricas de los clásicos que no podían abordar las cuestiones más que en sus líneas más generales. Por ello Brus en una primera sección examina el tratamiento que el problema ha recibido de manos de Marx.

Marx realiza todo su análisis «en función de la ley del valor como reguladora de la producción capitalista», ley que regula el empleo del trabajo en la producción socialmente necesaria sólo **ex post.** Contraponiéndole el funcionamiento de la formación socialista, Marx piensa que en ésta la división del trabajo se efectuará, racionalmente, a través de las decisiones de una autoridad central. Y esto tanto la división del trabajo global como por ramas. En estas condiciones no es necesario establecer de manera indirecta «la cantidad de trabajo necesario contenido en el producto»; éste es «tiempo de trabajo» social directamente, careciendo por ello de valor.

Con una previsión **ex ante** de la distribución del trabajo, y una evaluación del producto en términos de tiempo de trabajo, la utilización de los mecanismos de mercado en la gestión socialista parece carecer de base.

Estas líneas teóricas generales eran preponderantes en el seno del Partido bolchevique, aunque allí se pensaba que no era posible aplicar tales perspectivas de manera radical, por razones de coyuntura. En este sentido la reflexión de Lenin es significativa: en un primer momento se opone al empleo de formas mercantiles de gestión, incluso en el período de la NEP, y hasta en el campo. Ahora bien, más tarde Lenin inicia una revisión de sus propias posiciones y escribe: «La conversión de las empresas de Estado a este tipo de economía (con mecanismos de tipo mercantil. M.B.) se deriva de la nueva política (NEP) y en un futuro próximo ese tipo de empresa será preponderante. En una situación en la que el comercio libre se estimula y se consiente, es lógico que se produzca la gestión de las empresas de Estado sobre bases comerciales», para añadir después, «la NEP **no cambia el plan, sino los métodos de su realización.»**

Actitud, pues, abierta y atenta a las sinuosidades de los hechos, aunque no introduce un cambio de fondo en las concepciones de Lenin, porque tales «concesiones» y compromisos los exige la existencia de factores exteriores al socialismo: la pequeña propiedad campesina en concreto, y no proceden de las entrañas mismas, de la dinámica de la sociedad socialista.

El viraje de Lenin y sus insuficiencias teóricas, prueban que la cuestión era, y es, compleja. La discusión que se desarrolló, en el seno del Partido bolchevique, en los años 20 lo corrobora: por un lado se atenúan las negativas frente a la utilización de los mecanismos de regulación indirecta (mercado) en el cuadro del Plan; por otro, incluso la izquierda con Preobrajensky en cabeza, considera que en una situación de monopolio socialista de Estado tales mecanismos pueden ser puestos al servicio de la planificación central. Así, insensiblemente, el dilema **planificación o mercado,** que en forma rígida y abstracta tratan de resucitar algunos críticos, iba dasapareciendo, aunque no se llegó a elucidar la cuestión con toda la profundidad y generalidad necesaria.

Lo cierto es que, por razones de tipo histórico —escasez de recursos, ausencia de cuadros técnicos, débil desarrollo de las fuerzas productivas— en la URSS fue decantándose un modelo de planificación de tipo centralizado, lo cual facilitó la asimliación de que hablábamos antes: sociedad socialista— tipo centralizado de gestión.

El análisis que Brus realiza acerca de éste es del mayor interés, porque permite valorar sus logros y entender sus carencias. En tal modelo el organismo central de planificación decide: 1) la cuota de acumulación y el ritmo de desarrollo: 2) el reparto de las inversiones; 3) el de los fondos de consumo, tanto privado como colectivo; 4) las proporciones de la producción. «Partiendo de las proporciones fundamentales, y de los coeficientes técnicos dados, gracias al sistema de balances, se definen los objetivos de la producción a nivel de la empresa. Las decisiones centrales engloban la magnitud y la estructura de los gastos de trabajo, dirección de las ventas y aprovisionamiento» (1) (Brus). En tales condiciones el funcionamiento del modelo es: jerarquizado, porque el plan de la entidad inferior es un sector del Plan de la instancia superior; las relaciones son de tipo vertical, y las horizantales son puramente técnicas; los métodos de trasmisión son administrativos; las indicaciones tienen carácter de órdenes.

Sería ingenuo suponer que en tal modelo no subsisten zonas de mercado y relaciones mercantiles; en primer lugar en el sector del trabajo, que es libre y, por ello, para equilibrar la oferta y la demanda los planificadores utilizan el dinero, en la forma de salario y de sus disparidades, que sirven para tener mano de obra en las ramas cuyo desarrollo se considera primordial. Además en esas estructuras rígidas las empresas pueden aprovechar las contradicciones que hay en el cuadro de índices para defender sus intereses contra los de la sociedad. Esto, dicho de paso para contestar a quienes no ven en tal modelo de gestión más que ventajas.

Es indudable —y Brus lo pone de relieve— que en las condiciones iniciales en que se encontraba la sociedad socialista soviética, este tipo de planificación era irremplazable, si se querían cubrir los objetivos esenciales: **grandes inversiones** en los sectores clave, sin preocuparse de los secundarios; **ruptura del equilibrio,** para lanzar un fuerte movimiento de expansión; **avance por saltos.** Ahora bien, una vez cumplidos esos objetivos, el modelo dejaba ver sus insuficiencias: **rigidez de la producción,** que no se adaptaba a las necesidades; **costos excesivos,** sostenidos para realizar el Plan; **distribución errónea del trabajo** en la producción; interés insuficiente por el progreso técnico; **burocratización** del aparato administrativo; **ausencia de un sistema de precios «racional».**

La necesidad de superar tales deficiencias, en un momento en que la revolución industrial ha sido prácticamente realizada en todos los países socialistas de Europa, ha originado las críticas al sistema de planificación tradicional y la elaboración del modelo descentralizado.

En el nuevo modelo se introducen los mecanismos de mercado como reguladores dentro del Plan. Ahora bien; conviene disipar un equívoco: esta introducción no supone, en modo alguno, un paso atrás, porque hay que distinguir, como señala Brus, entre **«empleo de mecanismos de mercado y, predominio de la ley de valor».** Es posible servirse del mercado, no sólo cuando se trata de obtener proporciones que corresponden a la ley del valor, sino incluso cuando se trata de obtener otras proporciones». En este sentido, el análisis general de Marx sigue en pie: superación de la ley de valor, aunque no, inmediatamente, lo que se ha considerado —erróneamente— su corolario: liquidación de las categorías mercantiles.

Veamos en qué manera se articulan la supresión parcial de la ley del valor y el uso de tales categorías con fines de planificación socialista.

En el nuevo modelo existe una pluralidad de organismos de decisión: por un lado, la instancia central, por otro las empresas socializadas. El organismo central decide en lo que concierne a: 1) la distribución de la renta nacional; 2) proporción entre los fondos centralizados y los que quedan a disposición de la empresa; 3) distribución de los fondos centralizados entre consumo colectivo y acumulación; 4) elección de inversiones, distribuyendo el fondo centralizado entre las diversas ramas.

Por su parte la empresa decide: 1) las dimensiones y la estructura de la producción; 2) los métodos (estructura de los gastos); 3) compras y ventas; 4) dirección de sus fondos; 5) organización interna. El único criterio que rige a nivel de la empresa es el de rentabilidad.

Existen pues dos niveles en la ejecución del Plan, pero el central es de mucho mayor peso que el de la empresa porque «la instancia central toma las decisiones destinadas a determinar

(pasa a la pág. 24)

(c) Ministerio de Cultura 2005

DEBATE ESTUDIANTIL :

Publicamos a continuación cuatro textos (de índole más general los dos primeros, referidos al primer trimestre de este curso los otros) que recogen algunos de los problemas del movimiento estudiantil.

Sobre el papel revolucionario de las reivindicaciones concretas

En el pasado curso, la forma de lucha más avanzada en relación a las reivindicaciones concretas fueron los «juicios críticos», donde, en esencia, se suscitaba la cuestión del estudiantado como parte decisiva de la vida académica, **ejercitando** su derecho a intervenir activamente en relación al contenido y los métodos de sus profesores.

Ligadas a este problema, hay algunas tesis y consignas actualmente muy debatidas en el movimiento universitario, tales como «autogestión», «poder estudiantil»,etc. No se puede menospreciar el contenido revolucionario que las caracteriza, en tanto que suscitan, quizas de manera demasiado esquemática, la cuestión de la **intervención** en la vida académica por parte de los estudiantes. La autogestión está, además,ligada a una de las (a mi entender) características esenciales de una nueva sociedad: que cada grupo social asuma, con entera responsabilidad, la dirección y gestión de sus propios intereses; su autogobierno, en definitiva. Sin menospreciar, insisto, en el carácter revolucionario que encierran estas consignas, el principal riesgo es que se planteen de manera idealista, haciendo abstracción de la cuestión fundamental: la conquista del poder político, como condición **previa** para su realización. Existe ya la experiencia de que este tipo de consignas, expuesto ante las masas no como un modelo a oponer a la situación actual, sino como reivindicaciones alcanzables, han llevado al movimiento estudiantil de algunos países a serios fracasos, a la desmoralización de las masas y, en definitiva, a su desmovilización y «asimilación» por el sistema.

Las reivindicaciones concretas de tipo académico, profesional, planteadas en una estructura estatal como la española,puede tener otra vertiente: el de denuncia diaria, concreta, de los intereses a los cuales sirve el poder vigente. Denuncia de la malversación del presupuesto nacional, del despilfarro de las riquezas y del desaprovechamiento de los recursos del país tanto materiales como humanos. Y plantear, también por esta vía, que solamente un cambio radical de las estructuras económicas y sociales del país puede solucionar estos problemas. Máxime cuando el régimen demuestra, día a día, su imposibilidad pese a cualquier realización en uno u otro sector de resolver de manera global los problemas que implica el desarrollo del país, la enseñanza, la investigación.

En este sentido es importante destacar una de las reivindicaciones más importantes del actual movimiento estudiantil en España: la Universidad Popular. Esta reivindicación constituye uno de los síntomas más significativos de la inserción del movimiento estudiantil en el movimiento popular. Por lo que significa de toma de conciencia de una situación de privilegio. Como expresión de que el movimiento estudiantil ha llegado a un grado de madurez tal que asume la reivindicación de una problemática no ligada directamente a sus intereses inmediatos.

Otro aspecto vinculado con esta cuestión de las reivindicaciones concretas es el papel que desempeñan en relación con la movilización de la gran masa de estudiantes, una de las aportaciones más valiosas que puede hacer el movimiento estudiantil. Es claro que, pese a la existencia y necesidad de diferentes niveles de politización, las reivindicaciones concretas pueden servir de aglutinante y común denominador.

En algunas condiciones políticas como las existentes en España, caracterizadas por la ausencia de libertades políticas y por el carácter esencialmente represivo del sistema, la lucha por las reivindicaciones concretas no puede dejar de pasar, simultáneamente, por el camino de la lucha por las libertades. Aquí hay otra vertiente de su carácter revolucionario. En tanto que el proceso «reivindicación-represión» ha servido para facilitar la toma de conciencia de la vinculación que existe entre dichas reivindicaciones concretas y las de tipo político general.

Claro que aquí surge la tan debatida cuestión de la lucha por las libertades y su contenido revolucionario. También en esta cuestión es determinante la perspectiva estratégica, en la que se planteen. Pero, en la práctica, el movimiento estudiantil en España ha dado la respuesta (pese a pasos en falso o errores que se hayan podido cometer): planteándola como un proceso de luchas en el cual se conquista, de hecho, unas plataformas, desde las cuales se **ejercitan** unos «derechos», con el objetivo fundamental de plantear la cuestión del poder.

Proceso éste en el que se educan las masas y en el cual se coincide con otros sectores interesados tambien en la conquista y el ejercicio de dichas libertades, forjándose así la alianza entre ellos y capacitándolas para la futura conquista y ejercicio del poder.

Máxime cuando el ejercicio de estas conquistas (asambleas, difusión de propaganda, elecciones libres) pueden servir de estímulo y ejemplo para sectores quizás menos desarrollados políticamente.

Existen otras cuestiones en relacion con el contenido revolucionario de las luchas estudiantiles en España. Diversas razones impiden un análisis exhaustivo. A título de elementos de discusión, quiero precisar algunos de los terrenos donde, de hecho,en España, el movimiento estudiantil está desempeñando un papel auténticamente revolucionario. Al menos, como tendencia, pese a las diferencias de niveles existentes entre unas y otras Universidades.

—En tanto que catalizador del movimiento democrático existente entre técnicos, artistas, profesores y otras categorías profesionales e intelectuales. En tanto que sector cultural más numeroso, concentrado en grandes núcleos y más combativo, punta de lanza, de hecho, de lo que se ha dado en llamar «fuerzas de la cultura». En tanto que «puente» de unidad de dichas fuerzas con la clase obrera, de la cual el estudiantado ha pasado a constituir uno de sus aliados «privilegiados».

—En tanto que sector político con accesos particuliarmente directos hacia sectores tales como el Ejército. En relación con la difusión de las ideas democráticas en su seno, en relación con la exigencia de definición frente a la represión, en relación con el alineamiento

(c) Ministerio de Cultura 2005

de una parte del Ejército frente a la concepción «Ejército=guardián del orden público».

—En tanto que agitador en núcleos urbanos (experiencia de «comandos») con particular incidencia en capas medias o ciudades donde no existen concentraciones obreras. Es significativo al respecto el papel jugado por los estudiantes en ciudades como Santiago, Salamanca y el mismo Oviedo, donde constituyen la auténtica vanguardia del movimiento popular.

—En relación con el trabajo de agitación y organización con otros sectores del movimiento popular, tales como «comisiones de barriada», difusión de propaganda en el campo, extensión cultural...

—En tanto que sector de vanguardia del movimiento anti-imperialista, contra la agresión yanqui al Vietnam, contra las bases USA en España.

—Por último (y no en importancia) en apoyo y solidaridad con el movimiento obrero: participación en acciones obreras, solidaridad con movimientos reivindicativos, etc. Planteando, de manera simultánea, la unidad política y la colaboración práctica entre estudiantes y obreros.

jorge gonzález aznar

El Partido Comunista y el movimiento estudiantil

En los últimos dos años el movimiento estudiantil aparece a escala internacional, como una audaz fuerza progresiva que levanta la bandera de la lucha contra el capitalismo y su ideología caduca. En muchos países de América Latina y Europa, el movimiento estudiantil participa activamente en la transformación revolucionaria de las condiciones de su país e impulsa el amplio movimiento de lucha contra el imperialismo, y de solidaridad con los pueblos sometidos a su explotación o a su agresión abierta.

Justo es reconocer que el tremendo potencial que encierra la lucha de los estudiantes no ha superado el carácter espontaneo que es inherente a todo movimiento social en sus primeras etapas de desarrollo. Junto a ello aparece el fenómeno de que no en todos los países el movimiento estudiantil se desarrolla bajo la orientación de los partidos comunistas. Esta realidad no puede extrañarnos. En general el surgimiento del movimiento estudiantil plantea problemas nuevos a los partidos comunistas.

El nacimiento y desarrollo del movimiento estudiantil está entroncado al proceso objetivo de avance de la revolución científico-técnica.

La revolución científico-técnica empuja el nacimiento y ampliación de capas sociales (técnicos, especialistas, economistas, científicos etc.), las fuerzas de la cultura, que ocupan un lugar nuevo en la sociedad capitalista. Son perceptores de un salario fijo y de la ferenciación que hemos realizado entre de, no sólo el funcionamiento del sistema económico capitalista, sino también el del propio aparato político. Gran parte de estas fuerzas están especializadas en la manipulación de resortes parciales que, en su conjunto, forman el armazón de los modernos Estados capitalistas (medios radio-difusivos y audiovisuales, planes de producción y de mercado, funcionamiento técnico del Ejército etc.). La contradicción objetiva entre su condición de asalariados y sus conocimientos, y el papel de peones autómatas en que les colocan las clases capitalistas monopolistas, es el motor que impulsa, e impulsará mucho más, la lucha anticapitalista de estos sectores.

Los estudiantes son el cuerpo en formación de este ejército de técnicos y especialistas. Están situados en la «fábrica» donde el imperialismo intenta formar los cuadros masivos que se necesita para la continuidad de su sistema. Pero la Universidad en los países capitalistas se convierte en un campo intenso de lucha entre estos «futuros cuadros masivos» frente a la ideología capitalista y el capitalismo en su conjunto.

Esto responde a las características de la etapa actual, a la crisis general del imperialismo y al auge de las fuerzas revolucionarias.

En efecto, la Universidad es quizá el lugar donde más claramente se hace patente la caducidad de la ideología imperialista. La ciencia, incluso la ciencia mediatizada que se enseña en ella, conduce a una toma de conciencia anticapitalista. En la Universidad no resulta difícil comprender los procesos en que se sustenta la explotación económica y los medios que utiliza el imperialismo para extender su dominación a las amplias masas,a los pueblos enteros. El imperialismo no puede dar una respuesta satisfactoria a las inquietudes de los estudiantes. Y por el contrario para ellos el marxismo, el socialismo aparecen con una enorme capacidad de atracción.

Ante los partidos comunistas aparece pues la necesidad de integrar estas fuerzas en el proceso revolucionario. Y también la de trazar la política de alianza del proletariado con el conjunto de las fuerzas de la cultura, y en particular con el sector más activo de éstas: el movimiento estudiantil. El planteamiento del problema central de toda revolución, el de la toma del poder por las masas, está necesariamente vinculado al papel que desempeñan estas fuerzas en un proceso que tiene como fuerza dirigente a la clase obrera.

En nuestro país las condiciones generales que impulsan la toma de conciencia de los estudiantes están agudizadas por las condiciones fascistas, anacrónicamente reaccionarias del franquismo.

Un fenómeno importante es que, a medida que se desarrolla la lucha, aumenta la influencia del Partido Comunista entre las masas estudiantiles y se amplían numéricamente las organizaciones universitarias del Partido.

A grandes rasgos podríamos señalar algunas de las característlcas de la política en la Universidad del Partido Comunista y de sus métodos de trabajo.

Su primera preocupación ha sido el desarrollo efectivo de un movimiento de masas influyente sobre las condiciones políticas del país. Esto parte de nuestra concepción del movimiento estudiantil como fenómeno social, no como fenómeno que abarca tan sólo a núcleos de estudiantes progresistas. En base al papel que el estudiante ocupa en la sociedad capitalista y a las contradicciones que ésta genera, los comunistas vemos en el movimiento estudiantil una fuerza que se incorpora no sólo a la lucha política en la actual etapa antifranquista, sino también a uno de los aliados fundamentales del proletariado en todo su proceso de avance hacia el socialismo.

De aquí parte el esfuerzo fundamenvetal de éste por impulsar los órganos de expresión y lucha de las masas estudiantiles: las asambleas, como órganos clave de su participación directa y activa, y a partir de ellas de todos aquellos organismos representativos de las masas, creados por ellas mismas y capaces de dirigir su movimiento.

El Partido en la Universidad se mueve pues dentro de una situación de participación de las masas. El papel dirigente de los comunistas tiene que surgir sobre esta situación, y también sobre la base de un pluralismo político en la Universidad, mayor que en otros sectores, y constituido casi exclusivamente por grupos de características marxistas.

En general, en estos grupos que se adhieren a la ideología marxista, desde diferentes presupuestos, aparece un fuerte rechazo a todo síntoma de burocratismo, de esclerosis mental. Esto no significa que en muchos de ellos no se den síntomas de dogmatismo. En general las organizaciones de estudiantes del Partido Comunista se esfuerzan por

(c) Ministerio de Cultura 2005

llevar una política de unidad, que parta de la realidad unitaria del movimiento estudiantil y que se realice siempre abiertamente, de cara al mismo.

En la Universidad española la fuerza de estos grupos ha sido muy pequeña y a la mayoría de ellos podemos considerarlos como grupos pre-Partido Comunista, en tanto que gran parte de sus cuadros, y sobre todo de su dirigentes, han pasado, o pasan a formar filas en el P. C. de España. Este proceso ha sido muy intenso sobre todo en el último año.

Naturalmente el factor que decide es el del enfrentamiento de las diversas teorías con la realidad. La justeza de la política de los comunistas se mide por su capacidad para atraer a las masas estudiantiles a la lucha política y revolucionaria. Y también por su capacidad para hacer que las masas desarrollen nuevas iniciativas, enriquezcan la línea del Partido, se sientan y sean sujetos activos en la transformación revolucionaria de la sociedad.

La experiencia del curso pasado demuestra que el papel dirigente del Partido no es una verdad «a priori», sino que hay que conquistarlo en la lucha. En casi todas las Universidades del país, ha sido durante este curso cuando las organizaciones del Partido en la universidad han desarrollado un papel auténticamente dirigente. Quizá porque la dictadura como prueba de su propia debilidad y de su descomposición, ha lanzado una política más duramente represiva: la Ley de Bandidaje y Terrorismo, la declaración del Estado de Excepción etc. Era una política ante la cual no cabía el retroceder sino el impulsar adelante el movimiento de masas, enfrentándole con el régimen a partir de aquellos puntos donde las masas apreciaban más claramente el carácter represivo, opuesto a sus intereses, de éste.

Por esto, la etapa final del curso en la Universidad de Madrid, donde aparecen formas concretas de vinculación del movimiento estudiantil con el movimiento obrero y de otros sectores (mítines, comandos conjuntos) en torno a la expulsión de la fuerza pública del interior de los centros docentes, abre una nueva etapa en el movimiento estudiantil español.

La garantía del papel dirigente del Partido en la universidad reside en el seno del propio Partido, en su vida interna. Durante todo el último curso, se realizó un intenso trabajo encaminado a lograr que cada célula, que cada comité se convirtiera en un organismo creador y dirigente del Partido. El esfuerzo ha ido encaminado a lograr una vida política centrada, no sólo sobre las cuestiones inmediatas y prácticas del centro de estudio, sino que analice la situación de la clase obrera, las condiciones políticas del país en cada momento concreto, las perspectivas generales de lucha. En este sentido se han dado grandes pasos, logrando que la actividad de cada militante sea mucho más creadora. El objetivo es la formación de militantes capaces de desarrollar la línea del Partido y aplicarla, autónoma y creadora a su actividad.

Junto a ello, otro factor fundamental en la vida de las organizaciones del Partido en la universidad es su estrecha relación con el resto de la Organización del Partido en la ciudad. Esta es la fuente de información y análisis más importante para las organizaciones universitarias; lo que les ayuda a mantener clara la perspectiva que orienta la lucha en cada momento táctico. El contraste de experiencias de cada organización del Partido en su sector es útil, no sólo a los estudiantes,sino también a los obreros, intelectuales y profesionales del Partido.

El esfuerzo continuo por desarrollar una vida de partido auténticamente leninista revierte en resultados positivos: hoy en el Partido los militantes pasan de ser «los estudiantes del Partido» a ser los comunistas de la Universidad.

La lucha estudiantil permite una selección natural de militantes del Partido los cuales llegan ya a éste, gracias a la práctica de la lucha, desprovistos de individualismo y elitismo; aptos para fundirse indisolublemente con la clase obrera a traves de su Partido representativo. Es éste un nuevo fenómeno que no aparecía en las organizaciones estudiantiles hace algunos años y que no es casual. Está en estrecha relación con la capacidad creciente de las masas estudiantiles para entender su papel de aliados de la clase obrera hasta llegar al socialismo.

El fenómeno del movimiento de masas estudiantil exige organizaciones del Partido fuertes numérica y políticamente, capaces de dirigir el inmenso potencial revolucionario que existe en la lucha estudiantil. Esto es lo que permitirá la alianza de esta nueva fuerza con la clase obrera y su participación, con el campesinado, con el conjunto de las fuerzas de la cultura, en el proceso de la lucha que dirige la clase obrera; en el proceso hacia la toma del poder. En la lucha antiimperialista. En el logro del socialismo.

Un miembro del Comité de la Organización Universitaria del Partido Comunista (Madrid)

Las luchas en la Universidad de Madrid. Las Elecciones. – I. V.

El dilema en Octubre 1969 en la Universidad se centra en donde colocar el peso fundamental: ¿en las masas ó en la vanguardia? Y no se trata de plantear ambas cuestiones como excluyentes. **Se trata de decidir cual es el motor, a quien hay que organizar, de donde deben partir las iniciativas, que tipo de lucha hay que potenciar.**

Dicho de otro modo: el problema se centra en confiar, o no, en las masas de estudiantes. En dar la palabra a las masas, o por el contrario en dársela a una vanguardia que paternalistamente asuma la direción y la representatividad de aquellas sin que en esto las masas tomen arte ni parte. Tras reflexiones, discusiones, y sobre todo en base a la práctica, en la Universidad de Madrid se continuó la alternativa de las masas, ante todo y sobre todo.

Inmediatamente, esta decisión condicionó la aparición de nuevos problemas y de conclusiones absolutamente renovadores. Las masas tienen unos intereses concretos, de carácter socio político y cultural. Intereses que el Gobierno Opus, cómo los anteriores gobiernos franquistas se muestra no sólo incapaz de recoger sino decidido a atacar. Intereses que el Partido tiene que defender. Aún más: de los cuales el Partido es el único defesor consecuente. Esto no puede extrañar a nadie, el movimiento estudiantil no es un movimiento pequeño burgués, aunque sus condicionamientos sí puedan serlo. Es un movimiento integrado, y vanguardia, de las fuerzas de la cultura. Fuerzas que en nuestra concepción de P., son aliadas naturales de la clase obrera en la lucha por la democracia económica y social y por el socialismo.

Las innumerables luchas de los estudiantes curso a curso en la Universidad de Madrid han aclarado aspectos diversos de lo que significa en la Univ. la lucha por los problemas concretos, sociopolíticos de las masas. No puede negarse que en anteriores etapas del movimiento estudiantil existía una obsesión por quemar etapas. Una lucha en torno a un conflicto concreto se cortaba con excesiva rapidez con la explicación de imposibilidad de obtener nada dentro de un sistema dictatorial. Esta resolución expeditiva de los problemas, causaba cierto desasosiego en las masas, y no precisamente porque no vieran clara esta realidad. En contrapartida se cerraba la puerta a la introducción del reformismo. Pero hoy el reformismo, si es que alguna vez existió, ha quedado muy atrás.

Cualquier estudiante conoce el fondo el carácter de la dictadura, su inmovilidad de fondo pese a los cambios de fachada que introduzca a bombo y platillo el Opus Dei. Los estudiantes, de Medicina, de Comercio, de Ciencias, de Ingenieros Industriales, de Filosofía etc. etc. cuando luchan por sus proble-

(c) Ministerio de Cultura 2005

mas y quieren llevar esta lucha hasta el fin, lo hacen porque es en esta lucha donde ven una de las brechas concretas por donde atacar el problema de la subsistencia de la dictadura. Porque en estos problemas se expresan sus contradicciones concretas con el sistema político.

Por ello este trimestre en Madrid el desarrollo de mil luchas parciales en torno a los conflictos de las masas tiene que ser enfocado desde este ángulo. La lucha de las masas por sus problemas es la forma más sencilla y también más concreta por la cual las masas no sólo acceden sino que realizan ya una lucha contra la dictadura. Cómo síntesis de nuestras experiencias: en los momentos de tensión agudizada en que vivimos en el país las reivindicaciones de las masas, económicas, profesionales, sociopolíticas en suma, adquieren un carácter político y una potencialidad revolucionaria.

Aprender esto es aprender de las masas. Consecuentemente la clarificación de esta concepción conduce a otra conclusión: el movimiento estudiantil está necesitado de un desarrollo de abajo a arriba. Que parta de las masas, en el lugar en que están: los cursos, y culmine en la lucha al más alto nivel. Sin pretender quemar etapas, sino atendiendo a lo velozmente que queman éstas las masas en la realidad. Dar la iniciativa a las masas, abrir las puertas al desarrollo de su vitalidad, he aquí el problema que hemos pretendido, y logrado durante este primer trimestre.

LAS ELECCIONES

Las elecciones en la Universidad de Madrid, son la consecuencia a escala organizativa del método de masas desarrollado. Las luchas curso a curso, la iniciativa de la base, confirmaron e impulsaron las conclusiones del P.: **Lo prioritario, lo fundamental, era el problema de la organización de masas,** lo accesorio y circunstancial la organización de la vanguardia. Dar la palabra a las masas es lo que subyace en el fondo de las posiciones del P... Si optamos por la lucha de masas es claro que son las masas las que tienen que organizarse.

En la resolución de este problema no podemos adoptar falsas soluciones. No es organizar a las masas crear una estructura de la vanguardia y luego autoconvencerse de que esto es resolver el problema de las masas. Tampoco cuando la organización de la vanguardia solicita el concenso a las masas estamos organizándolas realmente. Estaremos cubriendo fases previas y transitorias, importantes pero no definitivas. Organizar a las masas es que ellas construyan su propia organización, que la creen desde abajo, que confien en ella, que sean su motor. Quizá estas puedan parecer posturas tajantes y rígidas. Pero en momentos revolucionarios, como los de hoy, hay cuestiones en las que hay que mantener firmeza. Y esto no excluye el que se entiendan las razones por las cuales en los diferentes distritos las vías de acercarse a la organización de masas son muy variadas. En Madrid mismo las vías de autoorganización de las masas son muy diversas.

Conocidas las condiciones que rigen la Universidad de Madrid (policía en las facultades, etc. es innecesario insistir en que las elecciones han sido una dura batalla política en la que se ha puesto en tensión toda la inteligencia y combatividad de las masas y del Partido. Su logro ha sido el resultado de una doble acción: la de las masas por organizarse y la del P. por clarificar, por impulsar este proceso. El P. ha volcado todas sus energías en crear las condiciones para que las masas se organizaran.

Dentro de esto ha habido que combinar la lucha de masas con el esfuerzo por crear las condiciones legales, el marco adecuado para que las masas pudieran actuar. En la Universidad no hay apenas posibilidades legales, **hay que crearlas. Hay que borrar la frontera entre lo legal y lo ilegal.** En Políticas el decano, el «liberal» Ollero tuvo que convocar una parodía de elecciones ante las presiones de los estudiantes. Pero éstos las transformaron, las convirtieron a auténticas elecciones de masas. Algo parecido ocurrió en I. Industriales los tres primeros cursos se lanzaron a hacerlas sin esperar la convocatoria del Director, después de haber forzado y arrancando el consenso de éste. En Medicina , donde el decano prohibió expresamente las elecciones éstas se realizaron burlando el cerco de la FPA y la presencia de la BPS, en los cursos, en sus mismas narices. En plena huelga del plan nuevo, con 1.200 estudiantes que lo componen, el propio ministro tuvo ante la visita desconcertante para él de los representantes ilegales, legitimados por las masas tuvo que reconocer y legalizar en suma, a los representantes.

Es este un aspecto muy importante de las luchas. Sin esta inteligencia de las masas en buscar los resquicios, las contradicciones entre Ministro, Rector, decanos, policía armada etc. hubiera sido imposible avanzar.

La red de representantes de la Universidad de Madrid, necesitada aún de avanzar, extenderse y consolidarse, son las estructuras de masas que engarzan a los estudiantes con toda la problemática política del país. Ellas permiten que la lucha, de los cursos, de los centros cause impacto en el país y el contrario que las luchas de los mineros, de Orbegozo, de los jornaleros de Cadiz, de los obreros de todo el país, de todos los sectores profesionales sea asumida en formas concretas en la Universidad. Porque no lo olvidemos: los estudiantes en lucha diaria desarrollan un interés, una inmensa sensibilidad para los problemas de todos los sectores del país. No en vano las masas desde los cursos han luchado ya este trimestre, en pleno proceso organizativo, por Vietnam, contra la condena a muerte a Arrizabalaga, en solidaridad con Erandio, en el juicio de Horacio Fernandez Inguanzo... en torno a Orbegozo.

Por aquí hay que avanzar: no hay duda de que el problema del movimiento estudiantil este trimestre ha sido su falta de proyección a escala política de todo el país. Pese a que por primera vez se han utilizado a fondo las iniciativas como las cartas a la prensa, firmadas por cursos enteros, que demuestran la voluntad de influencia pública sobre la situación del país, pese a esto, el grado aún poco consolidado de la organización que acaba de nacer no ha permitido una presencia, un impacto de los estudiantes, a través de ofensivas conjuntas, sobre la situación general. Pero esta es la perspectiva abierta. Estas son las tareas que hoy tenemos por delante.

MAS EN TORNO A LAS ELECCIONES

Sobre la base de la experiencia de Madrid, nos parece interesante dar algunas opiniones en torno a conceptos, vinculados al tema de la representatividad:

Frecuentemente se menosprecian las elecciones alegando el formalismo implícito en ellas. Se dice que al fin y al cabo lo único que significan es convertir la representatividad real en formal. Lo peligroso de esta cocepción reside en que esa representatividad «real» suele existir sólo en la mente de la vanguardia pero en la de las masas. Cuando las masas conocen quienes son sus representantes los sacan a la luz pública en vez de meterlos ocultos. Los eligen, sencillamente, los defienden, los siguen y a la vez los orientan. El problema, insistimos, no es que la vanguardia represente o no, sino que las masas destaquen e impongan sus cauces, sus órganos de expresión y lucha. **El problema es llenar los vacios del Régimen con los órganos de las masas, los que den continuidad a la lucha, los que estén prefigurando ya las estructuras del sistema llamado a sustituir al actual.**

Otro tema en debate es la frecuente identificación entre elecciones y burocratismo de los órganos electos. Ha habido burocratismo en el Sindicato Democrático, no hay duda. Pero lo ha habido, y mucho más, en los Comités de Acción, en las estructuras vanguardistas de la vanguardia. ¿De dónde proviene el burocratismo? A nuestro entender del alejamiento de las masas. Una estructura electiva que empieza a funcionar **para sí,** que genera miles de organismos ajenos a las masas se burocratiza. Ocurre entonces que los representantes, perdido su vínculo con las masas, ya no son cauce para estas. Se transforman en suma en una **vanguardia** que pretenderá **tirar** de las masas en determinados momentos.

Está claro, y la experiencia lo confirma, que si los órganos dirigentes de la organización de masas se desvinculan de ésta... pues tenemos una Fude más. No hemos hecho nada.

Pero la organización de masas es diferente. No se trata de generar órganos parlamenterios (cámaras o lo que sea) sino de funcionar en contacto con las masas. Aparece aquí el papel fundamental de las asambleas, de curso, facultad y distrito, sin que un nivel sustituya al otro. La organización, mínima pero suficiente es lo que dará coherencia a la acción de masas, lo que la introducirá en la lucha política.

(c) Ministerio de Cultura 2005

Ofensiva de masas estudiantil y ciudadana

¿CUAL ES LA SITUACION HOY EN ESPAÑA? Estamos en las últimas fases políticas del franquismo. Es decir, sin cerrarnos en criterios puramente cronológicos (lo cual no quiere decir que la caída del régimen no esté realmente próxima en el tiempo, según podemos pronosticar hoy en base a la evidencia de los hechos), cabe afirmar que la dictadura, que es la única forma política que defiende **coherentemente** los intereses de la voraz pandilla de grandes capitalistas, terratenientes y banqueros, está en un avanzado estado de descomposición, no porque sí, sino porque la lucha de nuestro pueblo está minando el suelo bajo sus pies. La destrucción de la dictadura, la consecución como mínimo de las libertades democráticas, representará el establecimiento de una situación inestable que pondrá el movimiento popular, con la clase obrera a la cabeza, en inmejorables condiciones para avanzar hacia la toma del poder político, hacia la democracia popular y el socialismo.

¿Qué hacer como estudiantes? Sin detenernos en un análisis más detallado, señalemos que el capitalismo en su fase monopolista desde un punto de vista estructural tiende a provocar la proletarización de los sectores profesionales, intelectuales etc., mientras que a nivel superestructural la crisis de todo el aparato ideológico burgués lleva a los estudiantes, a la intelectualidad, a una situación en que se va haciendo posible cada vez más, a nivel de masas, la impugnación de los intereses de la burguesía y la adhesión a los del proletariado.

EL MOVIMIENTO UNIVERSITARIO OBJETIVAMENTE ES, se va haciendo en la dinámica de su lucha y del aumento de las contradicciones en las sociedades capitalistas, un MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO. A la vez, está constituido, no por un núcleo reducido de personas con una visión uniforme de los problemas, sino que se trata de **un movimiento sociopolítico,** lo sual nos obliga a una política de masas, a la comprensión de que aún una visión general común sobre la necesidad de la democracia y del socialismo (en la medida en que esta compresión se va alcanzando), forzosamente surgen y surgirán en el seno del movimiento y de las masas universitarias distintas soluciones concretas, y cuyo grado de validez se demuestra no con afirmaciones estentóreas, sino en el contraste con la realidad (...)

HOY EL OBJETIVO FUNDAMENTAL DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL ES LA DESTRUCCION DEL FRANQUISMO en lucha unida con todo el movimiento popular y bajo la dirección de la clase obrera. Es el objetivo central, pues como movimiento socio-político, revolucionario, nos debemos plantear aquello que, siendo algo profundamente sentido por las masas, nos permite avanzar hecia el socialismo. Pero este objetivo básico no nos puede hacer olvidar que en la movilización de los estudiantes están siempre presentes (como en todo otro movimiento socio-político) objetivos específicos: reivindicaciones universitarias (de cierta importancia en las primeras fases de la lucha, huelga en toda España de los estudiantes de comercio), lucha crítico-cultural, etc. (...)

¿COMO DETERMINAR, CENTRADOS LOS OBJETIVOS, UNA TACTICA JUSTA? Lo acertado es aquello que en cada momento, y en base a los objetivos señalados, permita la máxima amplitud e intensidad de la lucha de masas. En base a los objetivos señalados, objetivos revolucionarios, pues sin esta guía evidentemente entraríamos en la vía del pragmatismo oportunista. Una máxima lucha de masas, pues la consecución de la democracia, del socialismo, la revolución, la hacen las masas. La vanguardia puede y debe dirigir a éstas, pero se intenta sustituirlas se convierte en vanguardia de sí mismo, «conciencia inutil» y desaparece a la corta o a la larga.

En la búsqueda de una táctica acertada debemos ser, de verdad, antidogmáticos: nada es obligado, nada excluido por definición. **Debemos hacer el análisis concreto de la situación concreta,** en base al criterio apuntado: objetivos correctos, centrados; lucha de masas. No nos sirven, por ejemplo, los análisis pseudohistóricos que intentan demostrar, haciendo total abtración de circunstancias, que esto o aquello está superado. Si una forma concreta de lucha u organización no es hoy acertada, no es porque «representa volver a la época del SDEUB». La bondad o maldad de unas formas tácticas no se definen a partir de su semejanza o diferencia respecto del Sindicato, o respecto de cualquier otro Bien o Mal, sino en base a lo que hoy, en las concretas circunstancias actuales (parte de las cuales naturalmente están determinadas por nuestra trayectoria histórica) permite una máxima lucha hacia nuestros objetivos (...)

De UNIVERSITAT

Organo del comité de estudiantes del P.S.U.C. Diciembre 1969

CRITICA DE LIBROS

(Viene de la pág. 19)

las condiciones económicas tales que las decisiones de las empresas, enfocadas a maximalizar el beneficio, van en una dirección conforme a los puntos esenciales». Es esencial no perder de vista que el Plan central fija **la cuota de amortización,** la de interés por el crédito, así como los precios medios de producción y los salarios. **Esta intervención** a nivel de los precios hace que la instancia central tenga en sus manos las palancas esenciales para dirigir los procesos del beneficio. Por otro lado las empresas no pueden en modo alguno comprar o absorber a otras empresas de **menor cuantía.**

Esto último es fundamental para saber que estamos ante un tipo de «competencia» que no tiene en común con el del sistema capitalista más que el nombre. En cuanto a la fijación de los precios medios, la instancia central, aun respetando los niveles fijados por las condiciones económicas, puede intervenir y romper el predominio de la ley del valor. (Cf. pp. 18 y sigs.)

Señala Brus, por otro lado, que el empleo de los mecanismos de mercado en el cuadro de la planificación socialista es el canal por el que se expresan las «necesidades sociales» conforme a las que puede distribuirse el trabajo en la producción. Y en cuanto a la rentabilidad como criterio en la gestión de la empresa —no de la instancia central— afirma que facilitará la reducción de los costos de producción, la disminución de los gastos en términos físicos y el perfeccionamiento de la organización interna. Y todo ello en el marco del Plan socialista, con sus opciones y sus criterios selectivos determinados conforme a criterios sociales globales.

Es imposible en el breve espacio de estas páginas ni siquiera apuntar los problemas esenciales que suscita esta obra. Sirvan estas notas para llamar la atención sobre un libro que conviene leer y meditar. Y sirvan también para mostrar hasta qué punto es simplista e ingenuo abordar esta problemática con armas estrictamente polémicas.

Manuel BALLESTERO

Saludo a "Revolución y Cultura"

Enviamos, desde estas columnas, un saludo fraternal a la revista *«Revolución y Cultura»,* cuyo primer número acaba de aparecer en Madrid, publicada por los intelectuales comunistas.

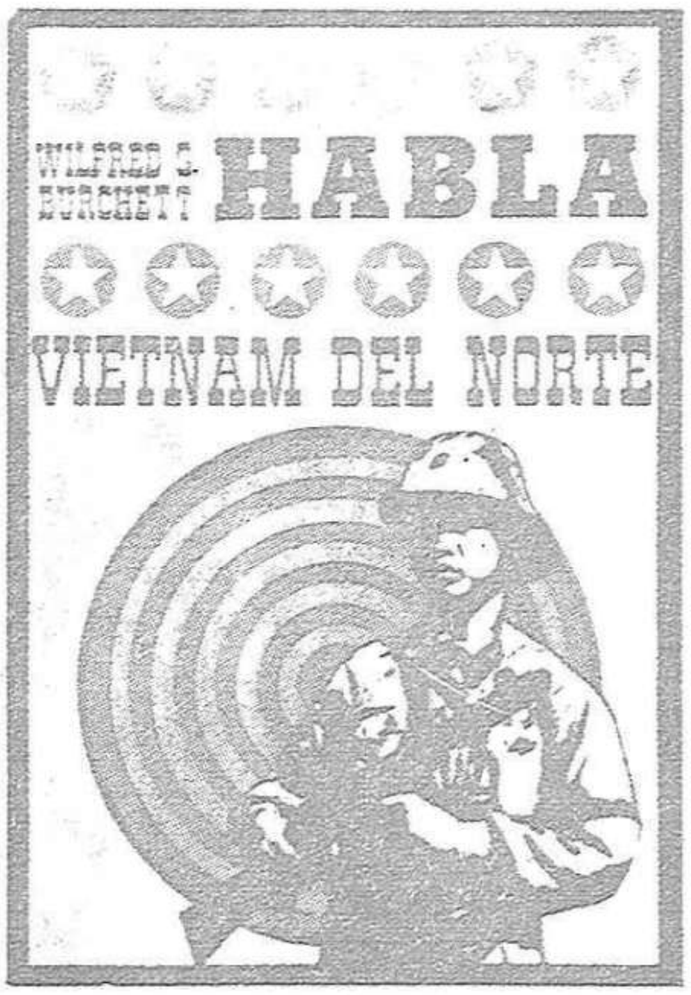
(c) Ministerio de Cultura 2005

MINISTERIO
DE CULTURA

Precio : 3 F

(c) Ministerio de Cultura 2005

INSTITUTO DEL LIBRO



CENTE NUEVA

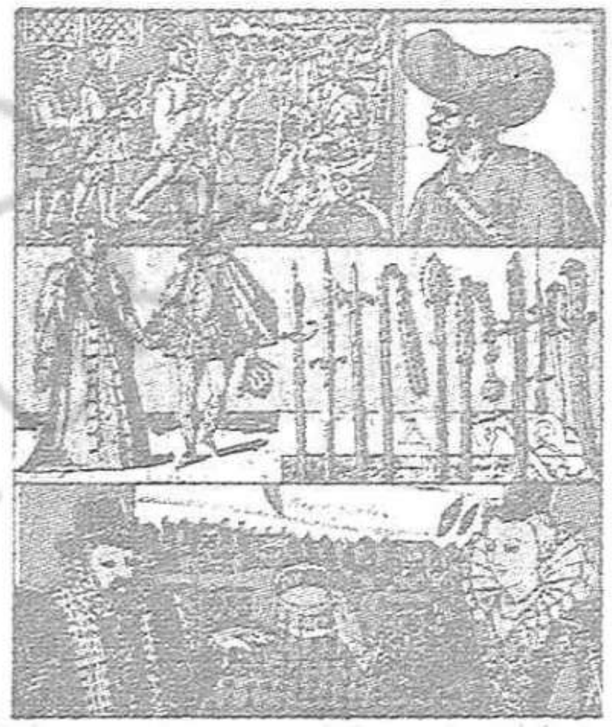
La distribución de la tirada de 13'066,417 del año 1968, que sobrepasó la meta inicial de 10'000,000 de ejemplares, fue como sigue:

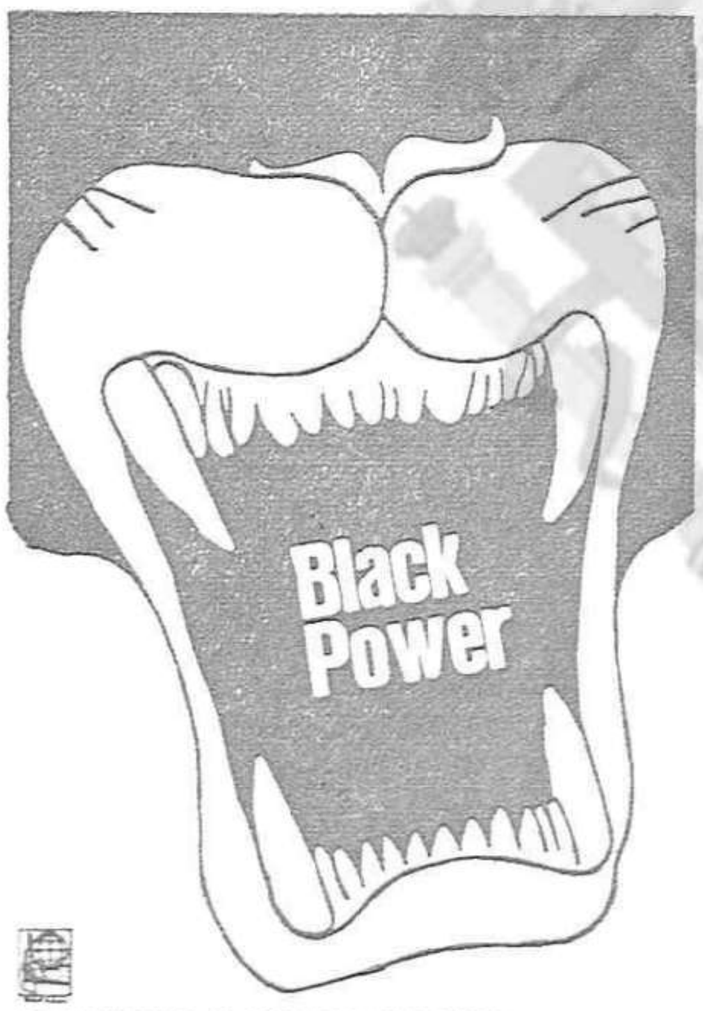
Texto educacionales, científicos, técnicos y auxiliares	9'381,003
Arte y Literatura	683,393
Ciencias Sociales	580,700
Literatura Infantil	761,021
Ediciones deportivas	22,079
Cuadernos de divulgación científico popular	127,806
Ediciones Huracán (7)	510,425

(7)- Este año, ante el imperioso ascenso de la demanda de libros surgieron las ediciones Huracán, que aprovechando los materiales más abundantes y utilizando rotativas que estaban fuera de uso lograría -principalmente en reediciones- tiradas que iban de 30.000 a 60.000 ejemplares por título.

JAN KOTT

SHAKESPEARE
nuestro contemporáneo





RETALIATION TO CRIME: REVOLUTIONARY VIOLENCE
RÉPONSE AU CRIME: LA VIOLENCE RÉVOLUTIONNAIRE
RESPUESTA AL ASESINATO: VIOLENCIA REVOLUCIONARIA

En 1967 surge el Instituto del Libro que aplica desde un principio las experiencias de Edición Revolucionaria, y aglutina todos los factores que intervenían en la política de edición en CUBA. Se convirtió, efectivamente, en lo que es hoy: un gran combinado que hace recorrer al libro todo su proceso e incluso lo pone en manos de sus lectores, lográndose con ello una política coherente y homogénea en todos sus puntos.

En 1967, de una producción global de .... 8.722.000 libros se dedicaron .... 5.685.140 a textos de educación. El impetuoso aumento del número de estudiantes y la incesante llegada al mundo de los libros de miles de nuevos lectores anualmente, hacen que el Instituto aumente su producción global en 1968 a 13.066.417, es decir, casi dos libros por ahbitante al año. De esta cifra impresionante para un país de 7.000.000 de habitantes, se dedicaron 8.221.068 ejemplares a textos educativos para todos los niveles.

De menos de un millón de ejemplares anuales antes de 1959 la producción de libros en CUBA ha pasado a 13.066.417 en 1.968 y a un plan de 15.000.000 en 1969. Las necesidades de libros de texto son, para 1970 de 18.233.435 libros y para 1975, es de 25.839.350.

Por último, cuando se piensa que más del 70% de esos 13.066.417 ejemplares ha llegado gratuitamente a las manos del pueblo se comprende, efectivamente, que está CUBA, ante una revolución cultural que tendrá alcances insospechados.

(c) Ministerio de Cultura 2005